

ESTUDIO BÍBLICO

LA BATALLA POR EL ACUERDO

*Cómo ganar la guerra espiritual mediante la sumisión, la verdad y la
resistencia*



INTRODUCCIÓN

LA GUERRA ESPIRITUAL ES PRESIÓN CON UNA DIRECCIÓN

“Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba. Y toda la gente estaba atónita, y decía: ¿Será éste aquel Hijo de David?”

MATEO 12:22-23 (RVR1960)

Mateo 12 nos presenta a un hombre cuya condición era mucho más profunda de lo que se podía ver en la superficie. Fue llevado a Jesús endemoniado, ciego y sin poder hablar. Su cautiverio espiritual había afectado tanto su vista como su voz. No podía ver lo que tenía delante, y no podía comunicar lo que ocurría en su interior. Sin embargo, cuando Jesús intervino en su situación, restauró ambas cosas. El hombre que no podía ver, de repente vio, y el hombre que no podía hablar, de repente habló. Hay algo profundamente significativo en la conexión entre la visión y la voz, porque el enemigo todavía ataca ambas. Si puede distorsionar lo que vemos, eventualmente puede influir en lo que decimos. Cuando perdemos la visión espiritual, comenzamos a hablar de manera diferente acerca de nuestro futuro, nuestras familias, nuestros hijos, nuestros matrimonios, y hasta de nosotros mismos. Dejamos de interpretar la vida a través de las promesas de Dios y comenzamos a interpretar todo a través de las circunstancias que nos rodean. El temor comienza a interpretar nuestro futuro, el desánimo comienza a definir nuestras posibilidades, y las situaciones temporales comienzan a sonar permanentes.

Por eso debemos entender correctamente la guerra espiritual. La guerra espiritual es real, pero eso no significa que cada inconveniente en nuestra vida sea demoníaco. No todo neumático pinchado es el diablo. No todo día difícil es guerra espiritual. No todo desacuerdo es causado por un espíritu maligno. No debemos volvernos tan sospechosos espiritualmente que veamos demonios detrás de cada problema, ni culpar al enemigo por situaciones que simplemente son parte de vivir en un mundo quebrantado. Sin embargo, al mismo tiempo, no podemos irnos al extremo opuesto y volvernos espiritualmente indiferentes. Las Escrituras enseñan claramente que existe resistencia espiritual. Hay momentos en los que la presión en nuestra contra intenta mover nuestra fe, oración, adoración, familia, pureza, paz, obediencia, visión y voz en una dirección contraria a la voluntad de Dios. Esto nos da una manera importante de entender la guerra espiritual: la guerra espiritual comienza cuando la presión intenta movernos en una dirección a la que Dios no nos ha llamado a ir.

Esa presión no siempre es dramática. A veces la resistencia espiritual es increíblemente sutil. Puede ser la presión de rendirnos cuando Dios nos ha llamado a continuar, la presión de permanecer ofendidos cuando Dios nos ha mandado a perdonar, o la presión de aislarnos cuando desesperadamente necesitamos comunidad espiritual. Puede ser esa voz sutil que nos dice que la oración no está funcionando, que la adoración no importa, que nuestras convicciones son demasiado restrictivas, o que la obediencia nos está costando demasiado. Puede susurrarle a un padre que su hijo se ha alejado demasiado como para que Dios lo restaure, o decirle a un matrimonio en crisis que no existe posibilidad de sanidad. El enemigo no siempre comienza tratando de destruirnos. Muchas veces, simplemente intenta redirigirnos. Si logra movernos un poco hoy, un poco más mañana, y un poco más el próximo mes, eventualmente podemos encontrarnos parados en un lugar donde Dios nunca quiso que estuviéramos. Una pequeña desviación repetida a lo largo del tiempo puede eventualmente convertirse en un destino

completamente diferente.

Por eso el discernimiento es esencial en la guerra espiritual. Uno de los principios más fuertes de esta enseñanza es que lo que no reconocemos, no lo resistiremos, y lo que nos negamos a resistir, eventualmente lo toleraremos. La resistencia espiritual frecuentemente llega disfrazada de una emoción, una ofensa, una decepción, un pensamiento, un apetito, o incluso lo que parece ser una reacción razonable ante algo que nos sucedió. Podemos volvernos tan consumidos analizando cómo algo nos hace sentir, que nunca nos detenemos a examinar hacia dónde ese sentimiento intenta llevarnos. Nuestras emociones son reales, y las Escrituras no nos piden que finjamos que no existen, pero nuestras emociones nunca fueron diseñadas para convertirse en nuestra brújula espiritual. Por lo tanto, en lugar de preguntarnos solamente: “¿Qué estoy sintiendo?”, debemos aprender a hacernos una pregunta más importante: “¿Hacia dónde intenta llevarme esta presión?”

Esa pregunta cambia la manera en que interpretamos nuestras batallas. Si la decepción nos lleva a buscar a Dios más profundamente, entonces Dios puede usar esa decepción para producir crecimiento espiritual. Pero si la decepción comienza a convencernos de dejar de orar, dejar de adorar y dejar de creer, entonces debemos discernir lo que está sucediendo. Si alguien nos hiere y ese dolor nos impulsa hacia la oración, el perdón, la sanidad y la presencia de Dios, Dios puede redimir la herida. Pero si ese mismo dolor continuamente nos dice que nos aislemos, que desconfiemos de todos, que nos desconectemos del cuerpo de Cristo y que alimentemos la amargura, entonces debemos dejar de preguntarnos simplemente por qué nos duele y comenzar a preguntarnos hacia dónde ese dolor intenta llevarnos. El dolor puede ser legítimo, aunque la dirección hacia la que intenta llevarnos siga siendo peligrosa.

Esto se vuelve especialmente importante en nuestros hogares. Si la frustración con nuestro cónyuge nos impulsa hacia la oración, la comunicación honesta, la paciencia, la humildad y el perdón, entonces Dios puede obrar a través de una temporada difícil. Pero si la frustración comienza a empujarnos hacia el desprecio, la acusación, la falta de respeto, el retraimiento emocional, el secretismo, o pensamientos de abandonar el pacto, necesitamos discernimiento espiritual. La pregunta ya no es simplemente: “¿Por qué estoy frustrado?” La pregunta más profunda se convierte en: “¿Hacia dónde intenta llevar esta frustración a nuestro matrimonio?” Podemos pasar tanto tiempo peleando el uno contra el otro que no logramos reconocer qué está intentando dividir la casa. Más adelante en Mateo 12, Jesús dice que “toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”. El enemigo entiende el poder destructivo de la división, y por eso una de sus estrategias es convertir a las personas que deberían estar peleando juntas en personas que pelean entre sí.

Los padres deben desarrollar este mismo discernimiento con respecto a sus hijos. A veces el enemigo no intenta de inmediato apartar completamente a un hijo de Dios. Comienza debilitando su apetito por las cosas de Dios. La oración lentamente se vuelve aburrida. La adoración se vuelve innecesaria. La iglesia se vuelve inconveniente. Los límites bíblicos comienzan a sentirse irrazonables. Las relaciones que debilitan las convicciones comienzan a sentirse cada vez más importantes, mientras que las relaciones que fortalecen la fe comienzan a sentirse restrictivas. El movimiento puede parecer pequeño al principio,

pero los padres que entienden la guerra espiritual aprenden a reconocer la dirección antes de que la dirección se convierta en destino. No solo reaccionamos al comportamiento de nuestros hijos. Oramos pidiendo discernimiento para entender qué está intentando moldear su corazón, su apetito, su identidad y su futuro.

También necesitamos este discernimiento con respecto a nosotros mismos, porque el alejamiento espiritual rara vez ocurre de la noche a la mañana. Tal vez hubo una temporada en la que orábamos constantemente, pero poco a poco la oración se volvió ocasional. Tal vez alguna vez cuidamos con esmero lo que entraba en nuestra mente, pero gradualmente nuestros límites se debilitaron. Tal vez la adoración alguna vez fluyó naturalmente de nosotros, pero la decepción o la ofensa fueron silenciando poco a poco nuestra voz. Tal vez todavía asistimos a la iglesia, todavía conocemos las canciones, todavía entendemos el lenguaje, y todavía parecemos espiritualmente saludables por fuera, pero internamente algo nos ha estado alejando silenciosamente del lugar donde una vez estuvimos firmes. Puede que no hayamos abandonado a Dios, pero hemos permitido que la presión cree distancia. Esa es una guerra espiritual que vale la pena reconocer.

El enemigo a menudo comienza con distracción antes de la destrucción. Un cristiano distraído no necesariamente deja de creer en Dios; simplemente dejamos de darle a Dios toda nuestra atención. La distracción eventualmente puede producir desánimo, y el desánimo eventualmente puede crear división. Un creyente desanimado puede seguir asistiendo a la iglesia mientras pierde poco a poco la expectativa. Una familia dividida puede seguir viviendo bajo el mismo techo mientras sus corazones se alejan silenciosamente. Una persona todavía puede parecer un adorador en público mientras se vuelve espiritualmente agotada en privado. Si el enemigo puede cambiar gradualmente lo que recibe nuestra atención, eventualmente puede influir en lo que recibe nuestro afecto. Por eso no podemos descartar toda distracción como inofensiva. Debemos preguntarnos hacia dónde nos está llevando.

También debemos prestar atención a los pensamientos que acompañan esa presión. Un pensamiento puede sonar como nuestra propia voz y aun así llevarnos a un lugar contrario a la Palabra de Dios. Pensamientos como: "Nunca voy a cambiar", "Mis hijos nunca van a servir a Dios", "No pasa nada cuando oro", "Mi matrimonio no se puede restaurar", "A nadie realmente le importo", o "Dios se ha olvidado de mí", no pueden recibir automáticamente nuestro acuerdo simplemente porque entraron en nuestra mente. Aquí es donde comienza a surgir el tema central de este estudio: la guerra espiritual no se trata simplemente de lo que nos ataca; se trata de lo que está intentando obtener nuestro acuerdo. El enemigo puede introducir un pensamiento, pero hay una diferencia entre que un pensamiento entre en nuestra mente y que nuestro corazón firme un acuerdo con él.

Antes de que la esclavitud se convierta en comportamiento, generalmente hay un acuerdo en algún lugar. Antes de que la amargura nos controle, aceptamos que tenemos derecho a permanecer enojados. Antes de que el temor domine nuestra vida, aceptamos que lo que podría pasar es más grande que lo que Dios ha prometido. Antes de que el aislamiento se convierta en nuestro estilo de vida, aceptamos que estamos más seguros solos. Antes de que el compromiso se vuelva normal, aceptamos que la obediencia cuesta demasiado. Antes de que la desesperanza controle nuestro lenguaje, aceptamos que nuestras

circunstancias presentes tienen la autoridad de definir nuestro futuro. Por eso la batalla por el acuerdo es tan importante. Debemos aprender a reconocer el pensamiento, identificar su dirección, compararlo con la Palabra de Dios, y negarnos a dar nuestro acuerdo a cualquier cosa que contradiga lo que Dios ha hablado.

***Antes de que la esclavitud se convierta en comportamiento,
generalmente hay un acuerdo en algún lugar.***

1 Pedro 5:8–9 (RVR1960) dice: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe...” Observa la progresión del pasaje. Se nos dice que seamos sobrios, que velemos, y luego que resistamos. La conciencia espiritual viene antes que la resistencia espiritual. No podemos resistir eficazmente algo que nos negamos a reconocer. Esto significa que debemos desarrollar la disciplina espiritual de examinar la dirección de lo que está sucediendo dentro de nosotros. ¿Esto me acerca a Dios o me aleja de Él? ¿Esto me hace querer orar o me hace evitar la oración? ¿Esto produce perdón o alimenta amargura? ¿Esto fortalece mi matrimonio o crea división? ¿Esto fortalece mis convicciones o poco a poco las va negociando? ¿Esto me hace hablar fe sobre mis hijos, o estoy hablando continuamente temor sobre su futuro? ¿Esto me acerca a personas que fortalecen mi fe, o me convence de aislarme de ellas?

La dirección importa porque el enemigo no necesariamente necesita que renunciemos a Dios. A veces solo necesita que sigamos dando pequeños pasos alejándonos de Él. Pero una vez que reconocemos hacia dónde la presión intenta llevarnos, algo cambia. Ya no tenemos que aceptar pasivamente todo lo que sentimos, pensamos o experimentamos. Podemos reconocer la dirección y tomar una decisión espiritual: “Veo hacia dónde esto intenta llevarme, y me niego a ir allí.” Ese es el comienzo de la resistencia.

Sin embargo, las Escrituras revelan que hay un orden para la resistencia espiritual. No podemos simplemente resistir como queramos. Santiago 4:7 (RVR1960) dice: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.” Con frecuencia enfatizamos la segunda mitad de ese versículo porque amamos la promesa de que el diablo huirá. Sin embargo, la autoridad para resistir está precedida por una instrucción a someternos. Antes de que haya resistencia, debe haber rendición. Antes de confrontar lo que intenta controlarnos, primero debemos colocarnos completamente bajo la autoridad de Dios. No podemos exigir autoridad espiritual mientras rechazamos la sumisión espiritual.

Esto nos lleva al primer gran principio de la batalla por el acuerdo: antes de poder resistir eficazmente lo que está en nuestra contra, debemos rendir lo que hay dentro de nosotros. La guerra espiritual no comienza con gritos. Comienza con sumisión.

♦ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Hacia dónde intenta llevarme la presión en mi vida? En lugar de solo pensar en lo que estamos sintiendo, identifiquemos la dirección detrás de la presión. ¿Nos está moviendo hacia la oración, la obediencia, el perdón y la fe, o hacia el aislamiento, el compromiso, la amargura, el temor y el desánimo?

PARTE 01

LA SUMISIÓN ES EL PRIMER ACTO DE LA GUERRA ESPIRITUAL

01

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.”

SANTIAGO 4:7 (RVR1960)

Santiago 4:7 nos da una de las instrucciones más claras de las Escrituras acerca de la guerra espiritual, pero es importante que leamos el versículo en el orden en que Dios lo dio. Con frecuencia nos emocionamos con las palabras “resistid al diablo, y huirá de vosotros”, porque queremos la victoria que se describe al final del versículo. Queremos que el enemigo huya. Queremos libertad de la tentación, liberación de la esclavitud, victoria en nuestros hogares, paz en nuestra mente, restauración en nuestros matrimonios, y protección sobre nuestros hijos. Sin embargo, antes de que las Escrituras nos digan que resistamos al diablo, nos dan otro mandato: “Someteos, pues, a Dios.” Hay aquí un orden divino que no podemos ignorar. La sumisión viene primero, la resistencia viene segundo, y la huida del enemigo es el resultado. No podemos reordenar la secuencia y esperar el mismo resultado.

Esto confronta algo dentro de todos nosotros, porque naturalmente deseamos autoridad sin siempre desear rendición. Queremos que Dios nos libere, pero no siempre queremos que nos diga qué debe cambiar. Queremos que Dios responda nuestras oraciones, pero a veces todavía queremos control total sobre nuestras decisiones. Queremos que rompa cadenas mientras seguimos protegiendo los hábitos conectados a esas cadenas. Queremos victoria sobre la oscuridad sin permitir que Dios examine cada área donde la oscuridad pudo haber recibido acceso. Sin embargo, la autoridad espiritual no opera independientemente de la sumisión. No podemos decir genuinamente: “Diablo, no puedes controlar esta área de mi vida”, mientras al mismo tiempo le decimos a Dios: “Tú tampoco puedes controlar esta área.” Si un área de nuestra vida está fuera de la autoridad de Dios, no podemos esperar ejercer la autoridad de Dios eficazmente dentro de esa misma área.

Por eso uno de los principios más importantes que podemos aprender acerca de la guerra espiritual es este: nuestra resistencia es tan eficaz como nuestra rendición. Podemos hablar fuerte, orar con mucha emoción, reprender repetidamente y declarar la victoria con pasión, pero el volumen no es la fuente de la autoridad espiritual. La autoridad espiritual comienza cuando nuestra vida se somete a la autoridad de Dios. Ciertamente no hay nada de malo en la oración apasionada. Hay momentos en que nuestras oraciones se vuelven fuertes porque algo profundo dentro de nuestro espíritu está clamando a Dios. Las Escrituras contienen gritos, llanto, angustia, regocijo y adoración apasionada. Pero nunca debemos confundir la intensidad emocional con el dominio espiritual. No nos volvemos más poderosos simplemente porque nos volvemos más ruidosos. Nuestra autoridad proviene de nuestra relación con Jesucristo y de nuestra disposición a someternos a Él.

Esta distinción es sumamente importante, porque la emoción es inconsistente, mientras que la rendición puede convertirse en una forma de vida estable. La emoción puede ser poderosa el domingo y estar agotada el lunes. La emoción puede elevarse durante la adoración y desaparecer cuando llega la tentación. La emoción puede hacernos sentir victoriosos por una hora, pero la rendición nos da algo más profundo que un sentimiento momentáneo. La rendición establece nuestra vida sobre la autoridad de Dios. Cuando le sometemos nuestros pensamientos, deseos, actitudes, apetitos, relaciones, decisiones y

futuro, ya no estamos intentando resistir la presión espiritual desde la fuerza de nuestra personalidad. Estamos de pie bajo Su autoridad. Por eso debemos entender que si no estamos sometidos a Dios, tal vez solo estemos resistiendo desde la emoción, y no desde la autoridad espiritual.

Por lo tanto, la sumisión es mucho más que decir: “Señor, me rindo”, durante un servicio de oración. La sumisión se vuelve visible a través de la obediencia. Jesús preguntó en Lucas 6:46 (RVR1960): “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” La palabra “Señor” implica autoridad. Si Jesús es Señor, entonces tiene el derecho de dirigir nuestra vida. No podemos llamarlo Señor mientras continuamente nos reservamos el derecho de tomar la decisión final cada vez que Su Palabra entra en conflicto con nuestros deseos. La verdadera sumisión dice: “Dios, tú tienes autoridad sobre lo que quiero. Tienes autoridad sobre lo que veo. Tienes autoridad sobre cómo hablo. Tienes autoridad sobre mis relaciones. Tienes autoridad sobre mi dinero. Tienes autoridad sobre mi sexualidad. Tienes autoridad sobre mi matrimonio. Tienes autoridad sobre la manera en que crío a mis hijos. Tienes autoridad sobre mis ambiciones, mis heridas, mi enojo, mi futuro, y hasta sobre las partes de mi vida que preferiría mantener en privado.”

Esto significa que el primer acto de guerra espiritual puede verse muy diferente de lo que imaginamos. A veces el acto de guerra más poderoso es el arrepentimiento. A veces es el perdón. A veces es borrar algo de nuestro teléfono. A veces es terminar una relación que continuamente debilita nuestras convicciones. A veces es confesar algo que hemos estado ocultando. A veces es pedirle perdón a nuestro cónyuge. A veces es poner límites alrededor de un apetito que sabemos que se ha vuelto peligroso. A veces es cambiar lo que permitimos entrar a nuestro hogar. A veces es admitir: “Dios, he estado equivocado.” Estas acciones pueden no parecer dramáticas, pero representan algo espiritualmente significativo: se está devolviendo territorio a Dios.

Antes de reprender al diablo a nuestro alrededor, debemos estar dispuestos a permitir que Dios confronte el compromiso dentro de nosotros. Esto no es porque toda lucha sea causada por pecado personal, ni significa que toda batalla demuestre que hemos abierto una puerta en algún lugar. Las Escrituras muestran claramente a personas justas experimentando una tremenda resistencia espiritual. Pero la guerra espiritual requiere honestidad. No debemos gastar toda nuestra energía preguntando qué está haciendo el enemigo mientras nos negamos a preguntar qué nos está pidiendo Dios. Hay batallas en las que nuestra oración debe ser: “Dios, quita esto”, pero también hay batallas en las que nuestra oración debe convertirse en: “Dios, muéstrame qué necesita cambiar en mí.”

David nos da un cuadro poderoso de este tipo de rendición en el Salmo 139:23–24 (RVR1960): “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.” David estaba invitando a Dios a entrar en las áreas que él mismo no podía diagnosticar correctamente. Esencialmente estaba diciendo: “Dios, no examines solamente lo que le muestro a todos los demás. Examíname. Examina mis pensamientos. Revela lo que está oculto. Muéstrame cualquier cosa dentro de mí que me esté llevando en la dirección equivocada, y luego guíame de otra manera.” Esa es una oración de guerra, porque la rendición elimina nuestro acuerdo con cualquier cosa contraria a Dios.

Esto se vuelve especialmente importante en nuestros hogares. Es fácil para nosotros orar contra el ataque del enemigo sobre nuestras familias mientras nos negamos a rendir las actitudes que están creando un ambiente en el que la división puede crecer. Podemos orar por paz en nuestro matrimonio mientras continuamente le hablamos con falta de respeto a nuestro cónyuge. Podemos orar para que nuestros hijos amen a Dios mientras les permitimos ver que vivimos un cristianismo que solo funciona dentro del templo. Podemos orar por unidad mientras protegemos nuestro orgullo. Podemos orar contra la amargura mientras repetimos una y otra vez la ofensa. Podemos orar para que nuestros hogares se conviertan en lugares de la presencia de Dios mientras continuamente los llenamos de palabras, entretenimiento, conversaciones y actitudes que van en contra de lo que le estamos pidiendo a Dios que establezca.

Debe haber acuerdo entre nuestras oraciones y nuestra vida. Si oramos: “Dios, protege a mis hijos”, entonces nuestra manera de criarlos debe cooperar con esa oración. Si oramos: “Dios, restaura mi matrimonio”, entonces nuestras palabras y nuestro comportamiento deben cooperar con la restauración. Si oramos: “Dios, dame un corazón puro”, entonces nuestros hábitos digitales deben cooperar con la pureza. Si oramos: “Dios, dame paz”, entonces debemos examinar si continuamente alimentamos nuestra mente con cosas que producen enojo, temor, comparación y ansiedad. La sumisión significa que dejamos de pedirle a Dios que bendiga una dirección que no estamos dispuestos a cambiar, y en cambio le permitimos que Él determine la dirección.

Jesús demuestra esto perfectamente en Getsemaní. Lucas 22:42 (RVR1960) registra su oración: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Jesús expresó lo que deseaba, pero sometió su deseo a la misión que tenía por delante. La sumisión bíblica no significa que ya no tengamos sentimientos, preferencias, temores o deseos. La sumisión significa que esas cosas ya no tienen la autoridad final. Podemos decirle a Dios exactamente lo que sentimos, y aun así decir: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Tal vez no haya frase más fuerte de rendición que “no mi voluntad”. Significa que mis emociones no tienen la última palabra. Mi apetito no tiene la última palabra. Mi ofensa no tiene la última palabra. Mi temor no tiene la última palabra. Ni siquiera mis planes tienen la última palabra. Dios sí la tiene.

Por eso la rendición no es debilidad. En el reino de Dios, la rendición es en realidad el camino hacia la fortaleza espiritual. El mundo nos enseña que la fortaleza significa mantener el control, pero el reino nos enseña que la fortaleza viene de saber a quién le hemos entregado el control. No nos estamos rindiendo al enemigo. Nos estamos rindiendo a Dios para poder resistir al enemigo. Nos inclinamos ante Jesús para poder mantenernos firmes contra la oscuridad. El creyente que se arrodilla ante Dios puede permanecer firme ante las presiones que alguna vez lo controlaron, porque la sumisión establece la fuente de nuestra autoridad.

Esto también nos ayuda a entender por qué el arrepentimiento es un arma espiritual tan poderosa. El arrepentimiento no es simplemente sentirse culpable por algo que hicimos. El arrepentimiento bíblico implica un cambio de mente que produce un cambio de dirección. Si la guerra espiritual implica presión que intenta alejarnos de la dirección de Dios, el arrepentimiento es la decisión de volver hacia Dios. En

ese sentido, todo acto genuino de arrepentimiento es un acto de guerra. Cuando nos arrepentimos, estamos rompiendo el acuerdo con la dirección hacia la que el pecado nos llevaba, y volviendo a ponernos de acuerdo con Dios.

Por lo tanto, nunca deberíamos ver el arrepentimiento como humillación. El arrepentimiento es liberación. El enemigo quiere que nos escondamos, porque las cosas ocultas pueden seguir ejerciendo influencia. Dios nos llama a la luz porque lo que se le rinde a Él puede ser transformado. El orgullo dice: "Protege tu imagen." El arrepentimiento dice: "Protege tu relación con Dios." El orgullo pregunta: "¿Qué pensará la gente si saben que estoy luchando?" La rendición pregunta: "¿Qué me pasará espiritualmente si sigo protegiendo esto?" Llega un momento en que debemos preocuparnos más por la libertad que por las apariencias.

Para algunos de nosotros, el mayor avance en la guerra espiritual puede comenzar cuando dejamos de orar solamente: "Dios, cambia lo que está pasando a mi alrededor", y comenzamos a orar: "Dios, cambia cualquier cosa dentro de mí que esté de acuerdo con lo que está pasando a mi alrededor." Examina mi corazón. Examina mis motivos. Examina mis conversaciones. Examina mis relaciones. Examina mis hábitos. Examina mi vida privada. Examina lo que veo cuando nadie está cerca. Examina las cosas en las que pienso repetidamente. Examina mi enojo. Examina mi orgullo. Examina mis heridas. Examina mis ambiciones. Examina mi hogar. Si hay algo que se ha convertido en un acuerdo con la oscuridad, revélamelo para que pueda rendirlo.

Entonces, desde ese lugar de rendición, resistimos.

Podemos decir: "Temor, tú no determinas el futuro de esta familia porque esta familia le pertenece a Dios. Amargura, tú no puedes vivir aquí porque he elegido el perdón. Lujuria, tú no controlas mi apetito porque mi cuerpo le pertenece a Jesucristo. Orgullo, tú no determinas cómo trato a mi cónyuge porque mi matrimonio le pertenece a Dios. Desánimo, tú no puedes reescribir lo que Dios ha hablado sobre mis hijos. Ofensa, no me vas a separar de las personas que Dios ha puesto en mi vida. He sometido esta área a Dios, y por lo tanto resistiré cualquier cosa que intente alejarla de Él."

Esa es la autoridad espiritual operando en orden bíblico. Sométete a Dios. Resiste al diablo. Él huirá.

Esa es la autoridad espiritual operando en orden bíblico. Sométete a Dios. Resiste al diablo. Él huirá.

Y una vez que entendemos la sumisión, estamos preparados para la siguiente pregunta: ¿dónde se le ha dado espacio al enemigo para operar? Pablo nos da un mandato notablemente corto pero poderoso en Efesios 4:27 (RVR1960): "ni deis lugar al diablo." El enemigo no siempre necesita ser dueño si puede obtener acceso. A veces no necesita la casa entera. Solo necesita una habitación. Por eso la siguiente etapa de la guerra espiritual requiere que identifiquemos y cerremos los puntos de acceso que hemos tolerado.

♦ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Hay un área en la que le estoy pidiendo a Dios la victoria mientras me resisto a rendirme? Santiago 4:7 coloca la sumisión antes que la resistencia. ¿Hay un hábito, una relación, una actitud, un apetito o una decisión que queremos que Dios cambie sin permitirle tener autoridad completa sobre ello?

PARTE 02

NO DEIS LUGAR: CERRANDO LAS PUERTAS QUE HEMOS DEJADO ABIERTAS

02

“Ni deis lugar al diablo.”

EFESIOS 4:27 (RVR1960)

Este es uno de los versículos más cortos que estudiaremos, y sin embargo contiene un principio enorme acerca de la guerra espiritual. Pablo dice: “ni deis lugar al diablo.” El lenguaje mismo nos enseña algo importante, porque si las Escrituras nos dicen que no le demos lugar al enemigo, entonces debe haber lugares en nuestra vida que tenemos la responsabilidad de cuidar. La palabra traducida “lugar” lleva la idea de una ubicación, posición o territorio. En otras palabras, el enemigo no tiene que ser dueño de nuestra vida para intentar establecer una posición desde la cual pueda influenciarla. Hay áreas que le pertenecen a Dios, pero por descuido, compromiso, amargura, ofensa, apetitos descontrolados, o desobediencia repetida, podemos permitir que algo ocupe un territorio que nunca debió haber sido rendido.

Esta es una distinción importante, porque a veces los cristianos le dan al diablo mucha más autoridad de la que le dan las Escrituras. Hablamos como si el enemigo simplemente pudiera tomar lo que quiera cuando quiera. Sin embargo, Efesios 4:27 pone la responsabilidad sobre nosotros: “no deis lugar.” Hay cosas que debemos negarnos a acomodar. Hay actitudes que debemos negarnos a entretener. Hay apetitos que debemos negarnos a alimentar. Hay conversaciones en las que debemos negarnos a participar. Hay relaciones que debemos negarnos a permitir que sigan debilitando nuestras convicciones. Hay patrones de pensamiento que debemos negarnos a convertir en residencias permanentes. El enemigo está buscando territorio, pero nosotros tenemos la responsabilidad de no dárselo.

El contexto de Efesios 4 hace esto aún más práctico, porque Pablo no está hablando de manifestaciones extrañas o dramáticas. Está hablando del comportamiento cristiano cotidiano. Aborda la mentira, el enojo, la comunicación corrupta, la amargura, la ira, el hablar mal, y la falta de perdón. Esto significa que cuando Pablo dice: “ni deis lugar al diablo”, está hablando de las áreas comunes de la vida donde se puede rendir territorio espiritual. Una persona puede estar profundamente involucrada en la iglesia y aun así darle lugar a la amargura. Podemos adorar apasionadamente y aun así darle lugar a la ira descontrolada. Podemos conocer las Escrituras y aun así darle lugar al orgullo. Podemos orar por nuestras familias mientras permitimos que nuestra boca llene continuamente nuestro hogar de crítica, acusación, cinismo y temor. El peligro no siempre es algo dramático que entra en nuestra vida. A veces el peligro es algo poco saludable a lo que se le permite quedarse.

Por eso debemos entender que el enemigo no necesita la casa entera si estamos dispuestos a darle una habitación. Podemos decir: “La mayor parte de mi vida le pertenece a Dios”, pero la rendición a Dios nunca fue diseñada para ser un porcentaje. Si toda nuestra casa le pertenece a Jesús, entonces cada habitación le pertenece a Él. Nuestra vida pública le pertenece, pero también nuestra vida privada. Nuestro domingo le pertenece, pero también nuestro viernes por la noche. Nuestra adoración le pertenece, pero también nuestro entretenimiento. Nuestras conversaciones en la iglesia le pertenecen, pero también las conversaciones que tenemos en el auto camino a casa. Nuestro matrimonio le pertenece. Nuestras amistades le pertenecen. Nuestras finanzas le pertenecen. Nuestra sexualidad le

pertenece. Nuestros teléfonos le pertenecen. Nuestros pensamientos le pertenecen. Nuestras heridas le pertenecen. No debería haber una habitación cerrada con llave en nuestro corazón donde le decimos a Dios: "Puedes tener todo lo demás, pero esto es mío."

Esto se vuelve particularmente serio cuando comenzamos a proteger los mismos puntos de acceso de los cuales le estamos pidiendo a Dios que nos libere. No podemos pedirle continuamente a Dios que rompa una cadena mientras admiramos la cadena. No podemos pedirle que nos libere de un apetito que continuamente alimentamos. Si alguien está orando por pureza mientras consume deliberadamente material que estimula la lujuria, el problema no es que la oración carezca de poder. Esa persona está orando en contra de algo mientras al mismo tiempo lo alimenta. Si le estamos pidiendo a Dios que nos libere del enojo mientras pasamos horas consumiendo contenido que continuamente produce indignación, resentimiento, temor y cinismo, debemos examinar la contradicción. Si le estamos pidiendo a Dios que nos libere de la comparación mientras consumimos repetidamente contenido que nos hace medir nuestra vida contra la vida de todos los demás, tal vez haya un punto de acceso que necesita cerrarse.

Aquí es donde la disciplina espiritual se convierte en parte de la guerra espiritual. A veces queremos que Dios quite algo de manera sobrenatural mientras Dios nos está pidiendo que establezcamos un límite muy práctico. Oramos: "Dios, quítame este deseo", mientras Él tal vez nos está diciendo: "Deja de alimentarlo." Oramos: "Dios, protege mi mente", mientras seguimos poniendo delante de nuestros ojos cosas que contaminan nuestros pensamientos. Oramos: "Dios, sana mi amargura", mientras regresamos repetidamente a conversaciones donde la ofensa se repasa y se fortalece. Oramos: "Dios, dame paz", mientras continuamente consumimos información que mantiene agitado nuestro espíritu. La oración es esencial, pero la oración nunca fue diseñada para convertirse en una excusa para evitar la obediencia.

Hay algunas cosas de las que necesitamos que Dios nos libere, y hay otras cosas de las que Dios nos está diciendo que nos alejemos.

José nos da un ejemplo poderoso en Génesis 39. Cuando la esposa de Potifar intentó seducirlo repetidamente, José no se quedó en la habitación tratando de probar cuán fuerte era espiritualmente. Génesis 39:12 (RVR1960) dice: "y ella lo asió por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces él dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió." José corrió. A veces huir es guerra. A veces bloquear un número es guerra. A veces borrar una aplicación es guerra. A veces salir de una conversación es guerra. A veces cambiar una rutina es guerra. A veces decidir que ya no podemos ir a cierto lugar es guerra. Nunca debemos confundir la exposición innecesaria a la tentación con madurez espiritual. La sabiduría no pregunta: "¿Qué tan cerca puedo llegar sin caer?" La sabiduría pregunta: "¿Por qué seguiría parado cerca de algo de lo que Dios me ha dicho que huya?"

Este principio es especialmente importante porque nuestras debilidades no son todas iguales. Una persona puede encontrarse con algo sin que eso genere una tentación significativa, mientras que otra persona sabe que ese mismo ambiente despierta un apetito que le ha costado rendir. La madurez espiritual significa que nos volvemos lo suficientemente honestos como para saber dónde somos vulnerables. Dejamos de construir nuestros límites según lo que todos los demás pueden manejar, y

comenzamos a construirlos según lo que protege nuestro caminar con Dios. Un límite no siempre es evidencia de debilidad. A veces un límite es evidencia de que finalmente nos hemos vuelto lo suficientemente sabios como para entender nuestra debilidad.

Proverbios 4:23 (RVR1960) dice: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida." Guardar algo significa cuidarlo. Cuidamos las cosas valiosas porque entendemos lo que está en juego. Cerramos con llave las puertas de nuestra casa por la noche, protegemos nuestras cuentas bancarias con contraseñas, y le enseñamos a nuestros hijos a no hablar con extraños, y sin embargo a veces dejamos las puertas de nuestro espíritu completamente sin protección. Permitimos que casi cualquier cosa entre por nuestros ojos y oídos, y luego nos preguntamos por qué nuestros pensamientos se han vuelto difíciles de controlar. Los límites espirituales reconocen que lo que entra repetidamente en nosotros eventualmente nos influenciará.

Algunas conversaciones son puertas de entrada. El chisme puede convertirse en una puerta hacia la sospecha y la división. La crítica constante puede convertirse en una puerta hacia el cinismo. Las conversaciones repetidas sobre una ofensa pueden convertirse en una puerta por la cual la amargura se hace más fuerte. Algunas relaciones son puertas de entrada porque cada vez que pasamos tiempo con ciertas personas, nuestras convicciones se debilitan en lugar de fortalecerse. Cierta entretenimiento se convierte en una puerta porque normaliza lo que las Escrituras nos dicen que resistamos. Ciertos apetitos digitales se convierten en puertas porque lo que comenzó como curiosidad ocasional eventualmente se convierte en un patrón que controla nuestra atención y nuestra imaginación. Hasta los pensamientos repetidos pueden convertirse en puertas cuando continuamente entretenemos ideas que contradicen lo que Dios ha dicho.

Debemos tener cuidado aquí, porque la respuesta no es volvernos temerosos de todo lo que nos rodea. El cristianismo no es una vida de paranoia. El propósito de los límites espirituales no es el temor; es la consagración. No cuidamos nuestro corazón porque la oscuridad sea más poderosa que Jesús. Cuidamos nuestro corazón porque lo que Dios nos ha confiado es valioso. Estamos protegiendo nuestra paz, nuestra pureza, nuestros matrimonios, nuestros hijos, nuestra fe, nuestro llamado, nuestra sensibilidad espiritual, y nuestra capacidad de escuchar la voz de Dios claramente. Los límites no se tratan solamente de lo que estamos tratando de evitar. Se tratan de lo que estamos tratando de preservar.

Esto es particularmente importante dentro del hogar. Josué hizo una de las declaraciones más poderosas de las Escrituras cuando dijo en Josué 24:15 (RVR1960): "pero yo y mi casa serviremos a Jehová." Josué estaba estableciendo la identidad espiritual de su hogar. No estaba simplemente declarando lo que él creía personalmente. Estaba estableciendo a quién serviría su casa. Toda familia cristiana eventualmente tiene que tomar decisiones similares. ¿Qué será normal en nuestro hogar? ¿Qué celebraremos? ¿Qué rechazaremos? ¿Cómo nos hablaremos unos a otros? ¿Qué escucharán decir nuestros hijos acerca de la iglesia, el liderazgo, otros creyentes, y de nosotros mismos? ¿Qué entrará a través de nuestros televisores, teléfonos, música, libros y conversaciones? ¿Qué valores darán forma al ambiente de nuestra casa?

Los padres no pueden controlar cada decisión que sus hijos eventualmente tomarán, pero mientras Dios nos ha confiado a nuestros hijos, tenemos la responsabilidad de discipular el ambiente en el que están creciendo. No podemos orar para que el mundo no discipule a nuestros hijos mientras le damos al mundo acceso ilimitado para discipularlos. Los algoritmos están discipulando. El entretenimiento está discipulando. Las amistades están discipulando. Las redes sociales están discipulando. La música está discipulando. La pregunta no es si nuestros hijos están siendo influenciados. La pregunta es quién y qué está recibiendo permiso para influenciarlos más profundamente.

Esto no significa criar a los hijos en el temor o intentar aislarlos de toda persona que crea diferente. Nuestros hijos eventualmente tienen que saber cómo mantenerse firmes en un mundo que no comparte sus convicciones. Pero hay una diferencia entre enseñarles a nuestros hijos cómo mantenerse firmes en medio de la oscuridad, y permitir que la oscuridad tenga acceso ilimitado para moldearlos. La crianza bíblica requiere tanto protección como preparación. Establecemos límites mientras están creciendo, y al mismo tiempo les enseñamos por qué existen esos límites, de modo que eventualmente sus convicciones se vuelvan personales y no solo paternas.

El mismo principio se aplica al matrimonio. No podemos permitir que el resentimiento alquile una habitación en nuestro matrimonio y luego sorprendernos cuando comienza a afectar todas las demás habitaciones. No podemos usar continuamente un lenguaje irrespetuoso y esperar que la intimidad se mantenga saludable. No podemos proteger conversaciones secretas con otras personas y al mismo tiempo orar para que aumente la confianza entre esposo y esposa. No podemos repasar continuamente los fracasos del otro y esperar que la gracia florezca. En algún momento un esposo y una esposa deben estar dispuestos a decir juntos: "Esto pudo haber entrado a nuestra casa, pero no tiene permiso para quedarse aquí."

Tal vez entró el enojo. No tiene que quedarse.

Tal vez entró la desconfianza. No tiene que quedarse.

Tal vez entró la pornografía. No tiene que quedarse.

Tal vez entró el temor financiero. No tiene que quedarse.

Tal vez la crítica se volvió normal. No tiene que quedarse.

Tal vez la oración desapareció del hogar. Puede regresar.

Tal vez la adoración desapareció. Puede regresar.

Tal vez el afecto se enfrió. Dios puede restaurarlo.

La pregunta no es solamente qué ha entrado. La pregunta es: ¿a qué estamos dispuestos a seguirle dando lugar?

Esto requiere que seamos intencionales con nuestra boca, porque nuestras palabras ayudan a establecer el ambiente de nuestro hogar. Debemos tener cuidado de no hablar continuamente muerte sobre

situaciones que le estamos pidiendo a Dios que restaure. Hay una diferencia entre reconocer honestamente un problema y declarar constantemente desesperanza sobre él. Tal vez necesitemos decir: “Mi hijo está luchando”, pero debemos tener cuidado de no pasar de esa realidad a: “Mi hijo nunca va a servir a Dios.” Podemos decir: “Nuestro matrimonio está en una temporada difícil”, sin declarar: “Nuestro matrimonio nunca va a sobrevivir.” Podemos reconocer: “Estoy luchando emocionalmente”, sin permitir que la lucha se convierta en nuestra identidad permanente. Decimos la verdad acerca de la batalla mientras seguimos estando de acuerdo con lo que Dios ha dicho sobre nuestro futuro.

Aquí es donde debemos estar dispuestos a hacernos preguntas difíciles. ¿Qué hemos normalizado acerca de lo cual Dios nos ha estado convenciendo? ¿Qué conversaciones dejan constantemente nuestro espíritu peor de lo que lo encontraron? ¿Qué relaciones debilitan repetidamente nuestras convicciones? ¿Qué hábitos digitales están moldeando nuestra imaginación? ¿Qué ofensa estamos alimentando continuamente? ¿Qué apetito secreto le estamos pidiendo a Dios que quite mientras al mismo tiempo lo protegemos? ¿Qué ambiente estamos creando en nuestro hogar? ¿Qué están aprendiendo nuestros hijos acerca del cristianismo al observarnos cuando no estamos en la iglesia?

Estas preguntas no tienen la intención de producir condenación. Tienen la intención de producir discernimiento. Dios revela una puerta abierta porque quiere que la cerremos. La convicción es una invitación a devolverle territorio a Él.

Y cuando Dios revela un área, nuestra respuesta no debería ser la negociación. Debemos estar dispuestos a decir: “No más lugar.”

No más lugar para la amargura en mi corazón. No más lugar para la lujuria en mi vida privada. No más lugar para la crítica constante en mi matrimonio. No más lugar para la falta de respeto en nuestro hogar. No más lugar para relaciones que continuamente me alejan de Dios. No más lugar para el entretenimiento que alimenta aquello contra lo que estoy orando. No más lugar para que el temor determine cómo hablo de mis hijos. No más lugar para que una ofensa de ayer controle mi obediencia hoy.

Así se ve la resistencia cuando la sumisión se vuelve práctica. No estamos simplemente gritándole a la oscuridad. Le estamos quitando su silla. Estamos cerrando la puerta. Nos estamos negando a seguir proporcionando territorio desde el cual pueda influenciar nuestra vida.

No estamos simplemente gritándole a la oscuridad. Le estamos quitando su silla. Estamos cerrando la puerta.

Sin embargo, cerrar puertas es solo una parte de la batalla. La enseñanza de Jesús en Mateo 12 nos lleva hacia algo aún más profundo. Una casa no puede simplemente vaciarse; debe pertenecer completamente a la autoridad correcta. La guerra espiritual no se trata solamente de quitar lo que está mal. Se trata de ponernos de acuerdo con lo que está bien.

Esto nos lleva quizás al principio central de todo este estudio:

La guerra espiritual es una batalla por el acuerdo.

◆ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Le he dado al enemigo “lugar” en un área que debería pertenecerle completamente a Dios? Consideremos nuestras conversaciones, entretenimiento, hábitos digitales, relaciones, amargura, enojo, falta de perdón, orgullo, temor, y el ambiente de nuestro hogar. ¿Estamos protegiendo un punto de acceso mientras oramos por liberación de lo que entra a través de él?

PARTE 03

LA BATALLA POR EL ACUERDO: UNA CASA DIVIDIDA NO PUEDE PERMANECER

03

“Sabido Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.”

MATEO 12:25 (RVR1960)

Cuando Jesús sanó al hombre que estaba ciego y no podía hablar, el milagro produjo dos reacciones completamente diferentes. La gente miró lo que Jesús había hecho y comenzó a preguntar: “¿Será éste aquel Hijo de David?” Los fariseos presenciaron exactamente el mismo milagro y llegaron a la conclusión opuesta. Acusaron a Jesús de echar fuera demonios por el poder de Beelzebú. El mismo milagro estaba frente a ambos grupos, pero su interpretación fue completamente diferente. Esto nos recuerda que lo que vemos a menudo se ve afectado por el lente a través del cual lo vemos. Un corazón lleno de fe puede reconocer la obra de Dios, mientras que un corazón moldeado por el orgullo, la ofensa, la tradición o la incredulidad puede pararse frente a la misma evidencia e interpretarla de manera completamente diferente. Por eso la guerra espiritual involucra más que lo que sucede a nuestro alrededor. También hay una batalla sobre cómo interpretamos lo que está sucediendo a nuestro alrededor.

Jesús respondió a los fariseos estableciendo un principio que va mucho más allá de su acusación: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.” La división eventualmente produce destrucción. Un reino no puede seguir peleando contra sí mismo y permanecer fuerte. Una ciudad no puede desgarrarse continuamente y prosperar. Una familia no puede volverse continuamente contra sí misma y permanecer saludable. El mismo principio se aplica espiritualmente a nosotros como individuos. No podemos vivir continuamente en contradicción y esperar experimentar estabilidad espiritual. Eventualmente debe haber acuerdo entre lo que creemos, lo que decimos, cómo vivimos, y a quién servimos.

Por eso la guerra espiritual es una batalla por el acuerdo. El enemigo quiere que nuestra boca esté en desacuerdo con nuestra fe. Quiere que nuestros hábitos estén en desacuerdo con nuestras oraciones. Quiere que nuestra vida privada esté en desacuerdo con nuestra adoración pública. Quiere que nuestras decisiones del lunes contradigan nuestras declaraciones del domingo. Quiere que oremos en una dirección mientras caminamos en otra. La división no tiene que comenzar de manera dramática. Solo tiene que crear suficiente contradicción para que eventualmente nuestra vida espiritual se vuelva inestable. Jesús dijo que una casa dividida no puede permanecer, y ese principio se aplica cuando la división está ocurriendo dentro de nosotros.

Podemos amar genuinamente a Dios y aun así luchar con áreas que todavía no se han puesto de acuerdo con Él. Podemos venir a la iglesia y adorar sinceramente mientras luchamos en privado con apetitos que nos jalen en otra dirección. Podemos orar: “Dios, quiero tu voluntad”, mientras otra parte de nosotros sigue diciendo: “Pero todavía quiero esto.” Podemos creer la Palabra de Dios intelectualmente mientras nuestras emociones nos predicán continuamente algo diferente. La lucha en sí misma no nos convierte en hipócritas. Todo creyente experimenta conflicto entre la carne y el Espíritu. El peligro llega cuando, en lugar de rendir esa contradicción, comenzamos a aceptarla como normal. Dejamos de pelear por el acuerdo.

Gálatas 5:17 (RVR1960) dice: “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí...” Las Escrituras no fingen que este conflicto interno no existe. Hay deseos dentro de nuestra carne que naturalmente no estarán de acuerdo con lo que el Espíritu desea. Por lo tanto, la madurez espiritual no es llegar a un punto en el que nunca sintamos otro tirón hacia la dirección equivocada. La madurez espiritual significa que, cuando esos deseos en competencia aparecen, sabemos qué voz recibe nuestro acuerdo. No tenemos que estar de acuerdo con todo lo que sentimos simplemente porque lo sentimos.

Esta distinción es sumamente importante. Sentir algo no es lo mismo que estar de acuerdo con ello. Un pensamiento de temor puede entrar en nuestra mente sin convertirse en nuestra confesión. El enojo puede surgir sin convertirse en nuestro amo. La tentación puede aparecer sin convertirse en obediencia. El desánimo puede visitarnos sin convertirse en nuestra identidad. Una acusación puede entrar en nuestros pensamientos sin convertirse en nuestra conclusión. Tal vez no siempre controlemos el primer pensamiento que entra en nuestra mente, pero a través del poder de Dios podemos determinar si le damos a ese pensamiento un lugar permanente para vivir.

El enemigo entiende el poder del acuerdo. Si logra convencernos de estar de acuerdo con una mentira el tiempo suficiente, eventualmente comenzaremos a vivir como si la mentira fuera verdad. Si continuamente estamos de acuerdo con el pensamiento: “Nada va a cambiar nunca”, eventualmente dejamos de esperar el cambio. Si estamos de acuerdo en que la oración no importa, eventualmente dejamos de orar. Si estamos de acuerdo en que nuestro matrimonio está más allá de la restauración, eventualmente dejamos de invertir en la restauración. Si estamos de acuerdo en que nuestros hijos están demasiado lejos de Dios, eventualmente nuestras oraciones por ellos pueden debilitarse. Si estamos de acuerdo en que siempre seremos controlados por un apetito en particular, tal vez dejemos de resistirlo. El enemigo quiere más que introducir una mentira. Quiere que firmemos con nuestro nombre a través del acuerdo.

Esto nos da una pregunta muy importante para hacernos a lo largo de este estudio. En lugar de preguntarnos solamente: “¿Contra qué estoy luchando?”, también debemos preguntarnos: “¿Con qué estoy de acuerdo?” A veces pasamos años luchando contra algo con lo que seguimos de acuerdo en nuestros pensamientos, nuestro lenguaje o nuestro comportamiento. Le pedimos a Dios libertad mientras nos describimos repetidamente con el nombre de nuestra esclavitud. Le pedimos a Dios un futuro diferente mientras seguimos hablando como si el ayer ya hubiera determinado el mañana. Le pedimos a Dios que cambie algo, y luego pasamos el resto de la semana de acuerdo con cada razón por la que no puede cambiar.

Amós 3:3 (RVR1960) pregunta: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” En el contexto inmediato, Amós está enfatizando que caminar juntos requiere acuerdo. Aplicado como principio espiritual, el acuerdo afecta la dirección. Aquello con lo que estamos continuamente de acuerdo influirá en la dirección hacia la que caminamos. Cuando estamos de acuerdo con el temor, el temor comienza a acompañar nuestras decisiones. Cuando estamos de acuerdo con la amargura, la amargura comienza a influir en la manera en que interpretamos a las personas. Cuando estamos de acuerdo con la ofensa, la

ofensa comienza a filtrar las conversaciones. Cuando estamos de acuerdo con la desesperanza, la desesperanza comienza a interpretar nuestro futuro. Pero cuando nos ponemos de acuerdo con la Palabra de Dios, la fe comienza a cambiar la manera en que vemos las mismas circunstancias.

Esto no significa que neguemos la realidad. La fe bíblica no es fingir que un problema no existe. Si nuestro matrimonio está luchando, estar de acuerdo con Dios no requiere que finjamos que todo es maravilloso. Si nuestro hijo está lejos de Dios, la fe no significa ignorar lo que está pasando. Si estamos luchando económicamente, enfermos, heridos, decepcionados o temerosos, no tenemos que mentir acerca de nuestras circunstancias. La fe dice la verdad acerca de la batalla sin permitir que la batalla se convierta en la verdad más alta de nuestra vida. Podemos decir: “Esto es difícil, pero Dios es fiel.” Podemos decir: “Mi hijo está luchando, pero seguiré orando y creyendo.” Podemos decir: “Nuestro matrimonio necesita sanidad, pero no vamos a estar de acuerdo con la división.” Podemos reconocer lo que vemos mientras permanecemos sometidos a lo que Dios ha dicho.

Hay una gran diferencia entre reconocer una condición y estar de acuerdo con su conclusión. Podemos reconocer que algo duele sin estar de acuerdo en que nunca sanaremos. Podemos reconocer que fallamos sin estar de acuerdo en que somos un fracaso. Podemos reconocer que estamos bajo ataque sin estar de acuerdo en que el enemigo ganará. Podemos reconocer que nuestros hijos están luchando sin estar de acuerdo en que su temporada actual ha determinado su destino. Podemos reconocer que nuestro hogar está experimentando tensión sin estar de acuerdo en que la división tiene derecho a quedarse allí. El enemigo quiere que nuestras circunstancias se conviertan en conclusiones, pero la fe se niega a poner un punto final donde Dios todavía puede estar escribiendo la historia.

Esto es especialmente importante con respecto a nuestro lenguaje, porque nuestra boca a menudo revela dónde se ha establecido nuestro acuerdo. Santiago 3:10–11 (RVR1960) dice: “De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?” Santiago expone la contradicción de usar la misma boca para bendecir y para maldecir. Debemos examinar si nuestras palabras están de acuerdo con la fe que profesamos. No podemos pedirle continuamente a Dios que nos dé una voz de fe mientras usamos esa misma voz para esparcir chisme, acusación, cinismo, temor y desesperanza.

Nuestros hogares necesitan esto desesperadamente. Imaginemos la contradicción cuando nos paramos en la iglesia y cantamos acerca de la fidelidad de Dios, pero nuestros hijos no escuchan de nosotros en casa más que negatividad. Imaginemos pedirles a nuestros hijos que confíen en Dios mientras continuamente nos escuchan hablar como si Dios no pudiera proveer. Imaginemos enseñarles a honrar a la iglesia mientras constantemente nos escuchan criticar a los creyentes y a los líderes en la mesa. Imaginemos decirles que la oración es poderosa mientras nunca nos ven orar fuera del templo. Nuestros hijos aprenden el cristianismo no solo de lo que les enseñamos, sino de lo que observan en nosotros.

Esto se ilustró hermosamente en el mensaje a través de la historia de la tía Grace y el tío Hubert. Después de un ayuno prolongado, la familia se reunió alrededor de una mesa llena de comida. Sin embargo, en lugar de apresurarse a comer, la oración se volvió algo tan natural para ellos que la acción de gracias se convirtió en una oración extendida, y la comida eventualmente se enfrió. El significado de la

historia no es que toda familia deba orar hasta que la cena se enfríe. El significado es que su vida privada estaba de acuerdo con su fe pública. La oración no era algo reservado para el templo. Vivía en la mesa del comedor. Su relación con Dios no era simplemente algo que mostraban en público. Moldeaba el ambiente de su hogar.

Ese es el tipo de acuerdo que deberíamos desear. Queremos que nuestra vida privada esté de acuerdo con nuestra adoración pública. Queremos ser cristianos en la iglesia y cristianos en casa. Queremos que nuestro cónyuge encuentre en nosotros el mismo espíritu que la gente ve cuando levantamos las manos en adoración. Queremos que nuestros hijos sepan que la persona que ven adorando el domingo es la misma persona que encuentran el lunes por la mañana. El cristianismo auténtico no requiere perfección, pero sí requiere integridad. Cuando fallamos, nos arrepentimos. Cuando hablamos mal, pedimos perdón. Cuando perdemos el control, asumimos la responsabilidad. No creamos una imagen religiosa en público mientras protegemos una vida completamente diferente en privado.

Al enemigo le encantaría lo contrario. Quiere que nuestro altar se vea espiritual mientras nuestro hogar está lleno de enojo. Quiere que parezcamos pacientes en la iglesia mientras tratamos a nuestra familia con dureza. Quiere que hablemos de gracia en público mientras nos negamos a perdonar en privado. Quiere que levantemos las manos en adoración mientras secretamente alimentamos apetitos que están destruyendo nuestra sensibilidad espiritual. Quiere una casa dividida, porque Jesús ya nos dijo lo que les pasa a las casas divididas: eventualmente no pueden permanecer.

Por eso no podemos ganar batallas espirituales mientras vivimos continuamente en contradicción espiritual. No podemos orar en una dirección y caminar deliberadamente en otra. No podemos seguir declarando libertad mientras estamos de acuerdo con la esclavitud. No podemos pedirle continuamente a Dios visión mientras elegimos cosas que nos ciegan espiritualmente. No podemos pedirle a Dios que restaure nuestra voz mientras llenamos nuestra boca de palabras que contradicen sus promesas. En algún momento nuestras oraciones, palabras, hábitos, relaciones y decisiones deben comenzar a moverse en la misma dirección.

La meta no es solamente dejar de estar de acuerdo con la oscuridad. Debemos ponernos intencionalmente de acuerdo con Dios. Estar de acuerdo con Dios significa que cuando el temor dice: “No hay manera”, sometemos ese pensamiento a lo que Dios ha dicho. Cuando la vergüenza dice: “Tu pasado te define”, sometemos esa acusación a la verdad de la gracia de Dios. Cuando el enemigo dice: “No puedes cambiar”, recordamos que la transformación es posible a través de Jesucristo. Cuando el desánimo dice: “Deja de orar por tu familia”, seguimos orando. Cuando nuestra carne dice: “Sería más fácil ceder”, elegimos la obediencia. Estar de acuerdo con Dios no es solamente algo que creemos intelectualmente. Se vuelve visible a través de nuestras decisiones.

Aquí es donde la frase del mensaje se vuelve tan poderosa: deja de ser cortés con tu esclavitud. Hay cosas que toleramos porque hemos aprendido a coexistir con ellas. Las manejamos, las explicamos, las renombramos, y a veces hasta construimos nuestra identidad alrededor de ellas. Decimos: “Así soy yo”, cuando tal vez Dios está diciendo: “Eso es algo que quiero transformar.” Decimos: “Todos en mi familia tienen mal carácter”, como si la repetición generacional le diera al enojo permiso para quedarse.

Decimos: “Siempre he sido negativo”, o “siempre he luchado con esto”, y poco a poco nuestra historia se convierte en una excusa para seguir de acuerdo.

Llega un momento en que la resistencia espiritual requiere que seamos decididos. Debemos dejar de negociar con lo que está socavando nuestro futuro. Debemos dejar de tratar la esclavitud como un compañero de cuarto permanente. Debemos dejar de hacer las paces con algo que Dios nos ha llamado a resistir. Hay momentos en los que necesitamos ponernos de pie espiritualmente y decir: “Ya no estaré de acuerdo con esto.”

No estaré de acuerdo con la mentira de que mi familia no puede ser salva. No estaré de acuerdo con la mentira de que mi matrimonio no puede sanar. No estaré de acuerdo con la mentira de que mi pasado me ha descalificado permanentemente. No estaré de acuerdo con el temor con respecto a mis hijos. No estaré de acuerdo con la amargura solo porque genuinamente me hirieron. No estaré de acuerdo con la lujuria solo porque la tentación sigue apareciendo. No estaré de acuerdo con el desánimo solo porque la respuesta aún no ha llegado. No estaré de acuerdo con la acusación de que Dios me ha abandonado solo porque no entiendo lo que Él está haciendo.

Nuestros hogares necesitan momentos como este. Una familia debe poder establecer acuerdos espirituales juntos. En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor. Podremos enfrentar batallas, pero estamos de acuerdo en que Jesús es Señor sobre esta casa. Podremos experimentar desacuerdos, pero estamos de acuerdo en que la división no se convertirá en nuestra cultura. Podremos enojarnos, pero estamos de acuerdo en que el enojo no controlará el ambiente. Podremos cometer errores, pero estamos de acuerdo en que el arrepentimiento y el perdón siempre tendrán lugar aquí. Nuestros hijos podrán luchar, pero estamos de acuerdo en que seguiremos orando por ellos, amándolos, enseñándoles, y hablando la Palabra de Dios sobre ellos. Podremos atravesar presión financiera, enfermedad, decepción, y temporadas que nunca esperamos, pero estamos de acuerdo en que las circunstancias no reemplazarán a Dios como la autoridad que define nuestro futuro.

El acuerdo no significa que la batalla desaparezca de inmediato. Significa que hemos decidido qué lado de la batalla recibe nuestra cooperación.

Y esto nos lleva a otra dimensión crucial de la guerra espiritual. Una vez que rompemos el acuerdo con una mentira, no podemos simplemente dejar un espacio vacío. Al hombre de Mateo 12 no solamente se le quitó algo. Jesús restauró lo que la esclavitud le había quitado. El hombre que no podía ver, vio, y el hombre que no podía hablar, habló.

La libertad bíblica no se trata solamente de quitar. Se trata de restauración y reemplazo.

No simplemente quitamos el temor. Lo reemplazamos con fe.

No simplemente rechazamos las mentiras. Las reemplazamos con verdad.

No simplemente dejamos el aislamiento. Nos movemos hacia la comunidad piadosa.

No simplemente silenciamos la confesión negativa. Aprendemos a hablar la Palabra de Dios.

No simplemente derribamos fortalezas. Construimos nuestra mente alrededor de la verdad.

La guerra espiritual no es solamente derribar algo. Es reemplazar lo que había con algo que está de acuerdo con Dios.

La guerra espiritual es una batalla por el acuerdo.

◆ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Con qué he estado de acuerdo? ¿Hay declaraciones que nos repetimos continuamente, tales como: “Nunca voy a cambiar”, “Mi familia nunca será restaurada”, “Mi hijo está demasiado lejos”, o “No pasa nada cuando oro”? ¿Cuáles de esas conclusiones realmente están de acuerdo con la Palabra de Dios?

PARTE 04

DERRIBANDO FORTALEZAS: CUANDO UNA HERIDA SE CONVIERTE EN COSMOVISIÓN

04

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 CORINTIOS 10:4-5 (RVR1960)

Pablo nos dice que estamos involucrados en una guerra, pero de inmediato hace una distinción importante acerca de las armas que usamos. “Las armas de nuestra milicia no son carnales.” En otras palabras, las batallas espirituales no se pueden ganar con armas carnales. El enojo no es un arma espiritual. La manipulación no es un arma espiritual. El sarcasmo no es un arma espiritual. El control no es un arma espiritual. El drama no es un arma espiritual. Nuestra personalidad no es un arma espiritual, y tampoco lo es nuestra terquedad. Podemos pelear muy duro en la carne y aun así lograr muy poco espiritualmente, porque estamos usando las armas equivocadas contra el enemigo equivocado.

Esto es especialmente importante en nuestras familias, porque a veces peleamos contra la persona que tenemos delante sin discernir la presión espiritual que está afectando la relación. Un esposo y una esposa pueden pasar horas peleando entre sí sin reconocer nunca la división que está intentando entrar en su matrimonio. Los padres pueden enojarse tanto con sus hijos que gastan toda su energía peleando contra el comportamiento del hijo mientras prestan muy poca atención a las influencias que están intentando moldear su corazón. Podemos pelear con personas en la iglesia sin confrontar nunca la acusación, la ofensa, la sospecha o el orgullo que está envenenando la relación. Incluso podemos pasar años peleando contra nosotros mismos porque hemos creído una mentira acerca de nuestra identidad. Pablo nos recuerda que si la batalla es espiritual, las armas carnales nunca serán suficientes.

Pablo luego nos dice que nuestras armas espirituales son “poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas.” Una fortaleza no es simplemente un mal pensamiento que entró en nuestra mente ayer. La imagen es algo fortificado, establecido, reforzado y defendido. Espiritualmente, hay formas de pensar que pueden establecerse tan profundamente dentro de nosotros que comienzan a influir en cómo interpretamos todo a nuestro alrededor. Un pensamiento se convierte en un patrón, el patrón se convierte en una suposición, la suposición se convierte en una creencia, y eventualmente la creencia se convierte en el lente a través del cual vemos toda nuestra vida.

Por eso la declaración del Pastor Tisdale es tan importante: “Cuida que tu herida no se convierta en tu cosmovisión.”

Cuida que tu herida no se convierta en tu cosmovisión.

Una herida es algo que nos sucedió. Una cosmovisión es el lente a través del cual interpretamos lo que sigue sucediéndonos. El peligro es que algo doloroso de nuestro pasado puede convertirse en el filtro a través del cual interpretamos nuestro presente y predecimos nuestro futuro. La herida original pudo haber

sido real. Lo que sucedió pudo haber sido genuinamente incorrecto. Pudimos haber sido traicionados, abandonados, rechazados, maltratados, decepcionados, o utilizados. El cristianismo no nos exige negar ese dolor. Pero debemos tener cuidado de que la herida de ayer no se convierta en el lente de hoy.

Por ejemplo, tal vez alguien experimentó abandono al principio de su vida. La herida dice: "Alguien en quien confiaba me dejó." Eso puede ser completamente cierto. Pero cuando la herida se convierte en cosmovisión, la conclusión cambia a: "Todos a los que amo eventualmente me dejan." Ahora el pasado ya no es simplemente algo que sucedió. Se ha convertido en una profecía acerca del futuro. Cada relación se interpreta a través del abandono. Si alguien tarda más de lo habitual en responder un mensaje, el temor de inmediato dice que se está alejando. Si un amigo se ocupa, la mente asume rechazo. Si un cónyuge necesita espacio después de un desacuerdo, la herida comienza a predicar: "Aquí viene otra vez. Este también se va a ir." Lo que comenzó como una experiencia dolorosa se ha convertido ahora en un lente que interpreta experiencias que tal vez no tienen nada que ver con la herida original.

Tal vez alguien fue traicionado. El evento fue real, pero si la traición se convierte en cosmovisión, la conclusión se vuelve: "No se puede confiar en nadie." Ahora personas inocentes comienzan a pagar el precio de algo que alguien más hizo. Nos protegemos de volver a ser heridos negándonos a ser vulnerables, pero eventualmente los muros que construimos para mantener fuera el dolor también impiden que entren las relaciones saludables. Podemos llamarlo sabiduría cuando en realidad es temor disfrazado de sabiduría. La fortaleza comienza a defenderse a sí misma diciéndonos: "Nunca vuelvas a confiar. Nunca vuelvas a abrirte. Nunca dejes que nadie se acerque lo suficiente como para volver a herirte."

Lo mismo puede suceder en las finanzas. Tal vez alguien fue manipulado o aprovechado económicamente. Esa herida eventualmente puede convertirse en una cosmovisión que dice: "Cada vez que alguien habla de generosidad, está tratando de usarme." Ahora la persona ya no evalúa cada situación según la verdad y la sabiduría. Todo se interpreta a través de lo que sucedió antes. Una herida del pasado ha obtenido autoridad sobre la obediencia presente.

Por eso la sanidad no se trata simplemente de olvidar lo que sucedió. La sanidad implica negarse a permitir que lo que sucedió se convierta en la autoridad que interpreta todo lo que sucede después.

Nuestras heridas merecen compasión, pero no merecen señorío.

Jesús debe permanecer como Señor sobre la manera en que interpretamos nuestra vida.

Pablo continúa diciéndonos que "derribemos argumentos" (imaginaciones). Esto es poderoso, porque nuestra mente tiene la capacidad de tomar información limitada y construir realidades enteras a su alrededor. Algo sucede, y de inmediato comenzamos a llenar los detalles que faltan. Alguien envía un mensaje corto, y suponemos que está enojado. Alguien no nos da la mano en la iglesia, y comenzamos a preguntarnos si tiene algo contra nosotros. Alguien no responde como esperábamos, y nuestra mente comienza a escribir una historia explicando por qué. En poco tiempo estamos enojados, heridos, ansiosos

u ofendidos por algo que tal vez nunca sucedió.

Una imaginación no siempre comienza con algo completamente falso. A veces hay una pequeña pieza de información que llevamos mucho más allá de lo que esa información puede sostener. Tomamos una mala decisión y decimos: “Siempre tomo decisiones terribles.” Vivimos una relación fallida y decimos: “Nadie me va a amar nunca.” Pasamos por una temporada difícil y decimos: “Mi vida siempre va a ser así.” Vivimos una decepción en el ministerio y concluimos: “Dios no puede usarme.” Un momento se convierte en un patrón, el patrón se convierte en una identidad, y la identidad se convierte en una predicción sobre el futuro.

Debemos aprender a reconocer cuando nuestra mente está catastrofizando nuestras circunstancias. Un error no es nuestra identidad. Un rechazo no determina nuestro valor. Un fracaso no determina nuestro futuro. Una mala temporada no significa que toda temporada será mala. Un capítulo difícil no nos da permiso para escribir el final de toda la historia.

Por eso Pablo no nos dice que negociemos con las imaginaciones. Nos dice que las derribemos.

Hay pensamientos que no merecen otra reunión.

Hay acusaciones que no merecen otra explicación.

Hay temores que no merecen otra noche de nuestra atención.

Hay conversaciones imaginarias que no merecen otra hora de repaso.

Hay conclusiones que hemos sacado que necesitan ser derribadas porque se han exaltado por encima de lo que Dios ha dicho.

Pablo describe “toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios.” Una altivez es algo que intenta elevarse por encima de lo que sabemos que es verdad acerca de Dios. Sabemos que Dios es fiel, pero el temor dice que nos ha abandonado. Sabemos que Dios es misericordioso, pero la vergüenza dice que nuestro fracaso es mayor que su gracia. Sabemos que Dios puede restaurar, pero la desesperanza dice que nada va a cambiar nunca. Sabemos que Dios escucha la oración, pero la decepción dice que no hay razón para seguir orando. Sabemos lo que dicen las Escrituras, pero otro pensamiento intenta colocarse por encima de ese conocimiento.

Aquí es donde la guerra espiritual se convierte en una batalla por la verdad. Debemos decidir qué voz recibe la posición más alta en nuestra mente.

No todo pensamiento merece autoridad solo porque es fuerte.

No todo temor merece liderazgo solo porque se siente real.

No toda sospecha tiene el derecho de pastorear nuestro espíritu.

No todo recuerdo tiene el derecho de convertirse en nuestro amo.

Ese último principio es particularmente importante, porque los recuerdos pueden volverse extremadamente poderosos. Algo que sucedió hace diez o veinte años todavía puede influir en cómo respondemos hoy. El recuerdo en sí mismo tal vez nunca desaparezca, pero no tiene que permanecer en autoridad. Podemos recordar sin permanecer cautivos. Podemos reconocer lo que sucedió sin permitir que lo que sucedió dicte en quién nos estamos convirtiendo. La meta no es necesariamente borrar nuestra historia. La meta es colocar nuestra historia bajo el señorío de Jesucristo.

Pablo dice que debemos llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.” Nota la inversión. El enemigo quiere que nuestros pensamientos nos lleven cautivos a nosotros, pero las Escrituras nos dicen que llevemos cautivos a nuestros pensamientos. No tenemos que convertirnos en prisioneros de todo lo que entra en nuestra mente. A través del Espíritu y la Palabra de Dios, podemos examinar nuestros pensamientos y preguntar: “¿Está esto de acuerdo con Jesús? ¿Está esto de acuerdo con las Escrituras? ¿Este pensamiento me está llevando hacia la fe, la verdad, la obediencia y la piedad, o me está llevando hacia el temor, la amargura, la acusación, la tentación y la desesperanza?”

Si el pensamiento no está de acuerdo con Cristo, no tenemos que darle residencia permanente.

Esto requiere disciplina, porque los pensamientos se fortalecen mediante la repetición. Un pensamiento entretenido una vez puede ser una tentación, pero un pensamiento entretenido repetidamente puede comenzar a formar un camino. Eventualmente dejamos de cuestionarlo porque se siente familiar. La familiaridad comienza a sentirse como verdad. Decimos: “Así es como pienso”, sin darnos cuenta de que la manera en que pensamos puede haber sido moldeada por años de estar de acuerdo repetidamente con la misma mentira.

Por eso debemos tener cuidado con lo que entretenemos continuamente en nuestra mente. Lo que entretenemos consistentemente puede eventualmente convertirse en lo que habitamos permanentemente. Los pensamientos que recibimos repetidamente comienzan a crear la arquitectura interna en la que vivimos. Si entretenemos continuamente la sospecha, comenzamos a vivir en la desconfianza. Si entretenemos continuamente la comparación, comenzamos a vivir en la insatisfacción. Si entretenemos continuamente el temor, comenzamos a vivir como si el desastre siempre estuviera a la vuelta de la esquina. Si entretenemos continuamente la ofensa, comenzamos a vivir en un mundo donde todos se convierten en un enemigo potencial. Si entretenemos continuamente la desesperanza, comenzamos a construir en nuestra mente un futuro donde Dios ya ha perdido.

Pero lo contrario también es verdad. Si continuamente llenamos nuestra mente con la Palabra de Dios, la verdad comienza a moldear la arquitectura de nuestro pensamiento. Si continuamente recordamos la fidelidad de Dios, la gratitud comienza a desafiar al temor. Si continuamente meditamos en sus promesas, la fe comienza a influir en la manera en que interpretamos las circunstancias. Si continuamente llevamos nuestros pensamientos a Jesús, nuestra mente puede convertirse gradualmente en un lugar donde la verdad es más fuerte que la acusación.

Filipenses 4:8 (RVR1960) nos da un patrón poderoso: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre...

en esto pensad.” Pablo no solamente nos dice en qué dejar de pensar. Nos enseña qué debe reemplazar los patrones poco saludables. La transformación bíblica no es simplemente la eliminación de un pensamiento; es la renovación de la mente.

Esto es especialmente importante para los padres, porque nuestros hijos están desarrollando patrones de pensamiento que pueden seguirlos durante años. Debemos tener cuidado con qué identidades les hablamos repetidamente. Un hijo no debería crecer escuchando: “Eres flojo”, “Nunca haces nada bien”, “Eres el difícil”, o “Nunca vas a cambiar.” La corrección es necesaria, pero la corrección debe dirigirse al comportamiento sin convertir un comportamiento temporal en una identidad permanente. Hay una diferencia entre decir: “Lo que hiciste fue deshonesto”, y decir: “Eres un mentiroso.” Hay una diferencia entre corregir la irresponsabilidad y definir repetidamente a un hijo como irresponsable. Nuestras palabras pueden ayudar a moldear la arquitectura interna de las personas que Dios nos ha confiado.

Por lo tanto, nuestros hogares deben convertirse en lugares donde las mentiras se confrontan con la verdad. Cuando entra el temor, nos recordamos unos a otros la fidelidad de Dios. Cuando uno de nuestros hijos se siente insuficiente, le recordamos que su identidad no está determinada por la comparación. Cuando ocurre un fracaso, enseñamos el arrepentimiento sin crear vergüenza. Cuando alguien está herido, creamos espacio para la sanidad sin permitir que la herida se convierta en su identidad. Cuando se eleva la ansiedad, oramos juntos. Cuando una mentira comienza a repetirse, traemos las Escrituras a la conversación.

A veces necesitamos ser muy prácticos con esto. Si nuestra mente dice continuamente: “Estoy solo”, no debemos simplemente sentarnos con ese pensamiento hasta que se fortalezca. Lo llevamos a Cristo. Si el pensamiento dice: “La oración no está funcionando”, seguimos orando. Si el desánimo dice: “No hay razón para seguir ayunando”, nos negamos a permitir que el desánimo determine nuestras disciplinas espirituales. Si el pensamiento dice: “Tu familia nunca va a cambiar”, regresamos a las promesas de Dios y seguimos intercediendo. Si la vergüenza dice: “Dios no puede usarte por tu pasado”, confrontamos la vergüenza con la verdad de la redención.

Esto no significa que usemos las Escrituras para fingir que las emociones dolorosas no existen. Llevar cautivo un pensamiento no es negación emocional. A veces necesitamos oración, conversación, rendición de cuentas, cuidado pastoral, o apoyo profesional como parte del proceso de sanidad. Pero cualquier ayuda que recibamos debe finalmente movernos hacia la verdad en lugar de fortalecer una mentira. Estamos aprendiendo a distinguir entre lo que sentimos y lo que permitiremos que nos gobierne.

Esta batalla importa porque el enemigo entiende que si puede moldear nuestros pensamientos, puede influir en nuestras decisiones. Si puede influir en nuestras decisiones el tiempo suficiente, puede comenzar a moldear nuestros hábitos. Si puede moldear nuestros hábitos, puede influir en nuestro carácter y dirección. Por lo tanto, algunas de las mayores victorias espirituales de nuestra vida pueden suceder silenciosamente, en momentos en que nadie más sabe que está ocurriendo una batalla, cuando un pensamiento entra en nuestra mente y, en lugar de estar de acuerdo con él, decimos: “No. Eso no está de acuerdo con lo que Dios ha dicho.”

Lo derribamos.

Lo llevamos cautivo.

Lo reemplazamos con verdad.

Y luego seguimos caminando.

La fortaleza tal vez tomó años en construirse, y algunos patrones pueden requerir una renovación persistente en lugar de desaparecer en un solo momento. Pero nunca debemos confundir una batalla larga con una batalla invencible. Pablo dice que nuestras armas son “poderosas en Dios.” Las fortalezas pueden caer. Las mentes pueden ser renovadas. Las heridas pueden sanar. Los patrones pueden cambiar. El temor no tiene que permanecer como nuestra cosmovisión. El abandono no tiene que definir cada relación. El fracaso no tiene que convertirse en nuestra identidad. El ayer no tiene que convertirse en el arquitecto del mañana.

Pero para derribar una mentira, debemos conocer la verdad que la reemplaza.

Por eso la siguiente dimensión de la guerra espiritual es absolutamente esencial. Jesús dijo en Juan 8:32 (RVR1960): “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” El enemigo no siempre necesita suficiente poder para vencernos si logra convencernos de creer algo que no es verdad. Desde la pregunta de la serpiente en Génesis: “¿Conque Dios os ha dicho...?”, hasta Jesús de pie en el desierto declarando: “Escrito está”, las Escrituras revelan que la guerra espiritual es fundamentalmente una batalla por la verdad.

Antes de que la guerra espiritual se convierta en una batalla de poder, con frecuencia es una batalla de verdad.

♦ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Se ha convertido una herida de mi pasado en el lente a través del cual veo mi presente? ¿Nos ha enseñado el abandono que todos se van a ir? ¿Nos ha convencido la traición de que no se puede confiar en nadie? ¿Nos ha convencido el fracaso de que siempre vamos a fallar? Lo que nos sucedió puede ser real, pero ¿se le ha dado autoridad para definir todo lo que sucede después?

¿Qué pensamiento necesita ser llevado cautivo hoy? Identifiquemos un pensamiento que produce repetidamente temor, vergüenza, enojo, inseguridad, comparación, desesperanza, o acusación. ¿Qué Escritura podemos poner en contra de ese pensamiento para que la verdad de Dios se convierta en la autoridad mayor?

PARTE 05

ESCRITO ESTÁ: GANANDO LA BATALLA DE LA VERDAD

05

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

JUAN 8:32 (RVR1960)

Si la guerra espiritual es una batalla por el acuerdo, entonces la verdad se vuelve absolutamente esencial, porque no podemos romper el acuerdo con una mentira a menos que conozcamos la verdad que la contradice. Jesús conecta la libertad directamente con la verdad. Él no dice que nuestros sentimientos nos harán libres, que nuestras circunstancias nos harán libres, ni siquiera que una experiencia espiritual emocional por sí sola nos hará libres. Dice: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Esto significa que una de las mayores estrategias del enemigo es el engaño. No siempre necesita suficiente poder para vencernos si logra convencernos de creer algo que no es verdad. Si una mentira puede moldear la manera en que vemos a Dios, a nosotros mismos, a nuestras familias, y a nuestro futuro, entonces eventualmente esa mentira puede influir en la manera en que vivimos.

Vemos esta estrategia desde el principio mismo de las Escrituras. En Génesis 3, la serpiente no vence físicamente a Eva. No la agarra ni la obliga a comer el fruto. Su ataque comienza con una pregunta dirigida a lo que Dios había hablado. Génesis 3:1 (RVR1960) registra a la serpiente preguntando: “¿Conque Dios os ha dicho...?” Esa pregunta revela algo acerca de la guerra espiritual que sigue siendo relevante hoy. El primer ataque fue contra la confiabilidad y la autoridad de la Palabra de Dios. Antes de que el enemigo intentara cambiar el comportamiento de Eva, intentó cambiar su relación con lo que Dios había dicho.

La estrategia de la serpiente fue crear suficiente incertidumbre alrededor de la Palabra de Dios para que Eva comenzara a interpretar de manera diferente el mandato de Dios. Una vez que la Palabra se volvió cuestionable, la desobediencia se volvió razonable. Este patrón todavía aparece en la guerra espiritual. El enemigo sigue atacando la Palabra porque la Palabra establece los límites dentro de los cuales vivimos. “¿De verdad Dios dijo que la santidad importa? ¿De verdad tiene que ocurrir el perdón? ¿De verdad importa lo que permito entrar en mi mente? ¿De verdad le importa a Dios cómo hablo? ¿De verdad importa tanto la obediencia? ¿De verdad mi cuerpo le pertenece a Dios? ¿De verdad Dios espera que mi casa le sirva?” El lenguaje puede cambiar de generación en generación, pero la estrategia sigue siendo la misma. Si el enemigo puede hacer que lo que Dios claramente dijo parezca incierto, eventualmente lo que Dios prohibió puede comenzar a parecer aceptable.

Por eso la guerra espiritual con frecuencia es una batalla de verdad antes de convertirse en una batalla de poder. La pregunta no es simplemente si el enemigo nos está atacando. La pregunta es si conocemos suficiente verdad como para reconocer el ataque. Una mentira se vuelve mucho más peligrosa cuando no sabemos que es una mentira. Si no sabemos lo que las Escrituras dicen acerca de nuestra identidad, entonces las acusaciones pueden definirnos. Si no sabemos lo que las Escrituras dicen acerca de la pureza, la cultura puede definirla por nosotros. Si no sabemos lo que las Escrituras dicen acerca del matrimonio, las relaciones, el perdón, la generosidad, la adoración y la obediencia, entonces cualquier voz que hable con más frecuencia puede gradualmente convertirse en la voz que creemos.

Por eso la tentación de Jesús en el desierto es tan importante. Jesús nos muestra cómo se ve confrontar la presión espiritual desde un lugar de acuerdo completo con el Padre. El enemigo viene a Jesús después de un período prolongado de ayuno y lo ataca en un momento de debilidad física, y sin embargo Jesús no responde desde sus sentimientos. No entra en un largo argumento emocional con Satanás. No permite que su hambre, sus circunstancias, o su incomodidad redefinan lo que es verdad. Su respuesta repetida es simple y poderosa: “Escrito está.”

Esa breve frase establece un límite.

“Escrito está” significa que mi apetito no determina la verdad. “Escrito está” significa que mis circunstancias no pueden reescribir la verdad. “Escrito está” significa que la tentación no tiene el derecho de reinterpretar la verdad. “Escrito está” significa que la cultura no posee suficiente autoridad para revisar lo que Dios ha hablado. “Escrito está” significa que, aun cuando mis emociones están diciendo algo diferente, la Palabra de Dios sigue siendo la autoridad final.

La primera tentación revela cómo el enemigo puede atacarnos a través de apetitos físicos y necesidades inmediatas. Mateo 4:3–4 (RVR1960) dice: “Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” Jesús tenía hambre genuinamente. La necesidad física era real. El hambre no era imaginaria, y comer pan no era inherentemente pecaminoso. El asunto era si Jesús permitiría que un apetito inmediato lo moviera fuera de la voluntad del Padre.

Esto es sumamente relevante para nosotros, porque no toda tentación comienza con un deseo de algo inherentemente malo. A veces la batalla es sobre si un deseo legítimo se volverá más autoritativo que la obediencia. El deseo de ser amado es legítimo, pero ese deseo no puede llevarnos a una relación que continuamente nos aleja de Dios. El deseo de seguridad financiera es legítimo, pero no puede convertirse en avaricia. El deseo de ser comprendido es legítimo, pero no puede justificar la amargura cuando alguien nos malinterpreta. El deseo de intimidad sexual es dado por Dios, pero debe permanecer dentro del diseño de Dios. El deseo de tener éxito no está mal, pero el éxito no puede volverse más importante que la integridad. La madurez espiritual significa que nuestros apetitos están sometidos a la verdad, en lugar de que la verdad sea reescrita para acomodar nuestros apetitos.

Jesús responde: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” En otras palabras, hay algo más necesario para la vida que satisfacer cada apetito inmediato. Vivimos de la Palabra de Dios. Por eso el ayuno en sí mismo se convierte en una disciplina espiritual tan significativa. El ayuno le enseña a nuestra carne que un apetito puede ser real sin convertirse en nuestro amo. Podemos sentir hambre y aun así decir que no. De la misma manera, podemos experimentar tentación y aun así obedecer. Podemos experimentar enojo y aun así perdonar. Podemos experimentar temor y aun así caminar por fe. Podemos desear algo intensamente y aun así decir: “Si esto contradice la Palabra y la voluntad de Dios, entonces mi deseo no tiene el voto final.”

La tentación también ataca la identidad de Jesús. Justo antes del desierto, el Padre había hablado acerca de Jesús en su bautismo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Luego el

tentador viene y dice: “Si eres Hijo de Dios...” El ataque llega directamente en contra de lo que el Padre ya había declarado. Dios dijo: “Este es mi Hijo.” El enemigo dice: “Si eres el Hijo.” Esto revela otra estrategia común de la guerra espiritual: el enemigo desafía lo que Dios ha hablado en un intento de hacernos probar algo que Dios ya ha establecido.

Muchas de nuestras batallas se vuelven innecesariamente agotadoras porque estamos tratando de probar una identidad que debería recibirse de Dios. Queremos que la gente nos afirme, nos reconozca, nos apruebe, y nos valide, porque en algún lugar dentro de nosotros todavía nos preguntamos: “¿Soy realmente quien Dios dice que soy?” Cuando nuestra identidad es insegura, la crítica se vuelve devastadora porque necesitamos el acuerdo de todos para sentirnos seguros. El rechazo se vuelve insoportable porque interpretamos el rechazo de alguien como evidencia de que algo está mal en nosotros. La comparación se vuelve constante porque necesitamos saber dónde estamos parados en relación con todos los demás.

Pero Jesús no realiza un milagro simplemente para probarle su identidad al diablo. Él no necesita el acuerdo de Satanás con respecto a lo que el Padre ya ha hablado.

Hay libertad en aprender esto. No necesitamos que el enemigo esté de acuerdo con lo que Dios ha dicho de nosotros. No necesitamos que cada persona entienda nuestro llamado. No necesitamos que todos afirmen nuestra obediencia. No tenemos que ganar cada discusión, corregir cada acusación, o convencer a cada crítico. Hay momentos en los que nuestra confianza simplemente debe descansar en esto: Dios ha hablado, y su Palabra es suficiente.

Esto se vuelve especialmente importante para nuestros hijos y jóvenes, porque están creciendo en una cultura que constantemente les pide que establezcan su identidad a través de la afirmación externa. Las redes sociales pueden convertir la identidad en un voto público. La aprobación se cuenta a través de vistas, me gusta, comentarios, seguidores y reacciones. La comparación se vuelve casi inevitable, porque constantemente estamos viendo versiones editadas de la vida de todos los demás. Si nuestros hijos no aprenden a recibir su identidad de Dios, inevitablemente buscarán su identidad en algún otro lugar. Y todo aquello que nos da identidad eventualmente gana una enorme influencia sobre nosotros.

Por lo tanto, nuestros hogares deben ser lugares donde la identidad bíblica se refuerza continuamente. Nuestros hijos necesitan más que reglas sobre lo que los cristianos deben y no deben hacer. Necesitan entender quiénes son y de quién son. La convicción se vuelve mucho más fuerte cuando crece a partir de la identidad. No perseguimos la santidad simplemente porque nuestros padres establecieron una regla. Perseguimos la santidad porque le pertenecemos a Jesús. No cuidamos nuestro cuerpo porque el cuerpo sea malo. Lo cuidamos porque las Escrituras enseñan que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. No nos separamos de ciertas influencias porque tengamos miedo del mundo. Establecemos límites porque sabemos en qué nos ha llamado Dios a convertirnos.

La tentación en el desierto también expone el peligro de necesitar afirmación pública. Satanás lleva a Jesús a la parte más alta del templo y le dice que se arroje, intentando incluso usar las Escrituras en la tentación. La tentación esencialmente invita a Jesús a crear una demostración pública dramática que

probara quién es Él. Esto nos recuerda que incluso las Escrituras pueden usarse mal cuando se separan de su significado correcto y se someten a motivos egoístas. El enemigo puede citar palabras de la Biblia mientras todavía intenta alejarnos de la voluntad de Dios. Por lo tanto, conocer versículos aislados no es suficiente. Debemos conocer la Palabra en relación con el Dios que la dio.

Jesús se niega a construir su identidad alrededor del espectáculo. No necesita fabricar un momento que obligue a la gente a reconocerlo. Esto nos desafía porque a veces queremos evidencia visible que pruebe nuestra importancia. Queremos la posición, el título, la plataforma, el reconocimiento, la relación, el logro, o la oportunidad, porque pensamos que finalmente confirmará que nuestra vida importa. Sin embargo, la identidad que depende del aplauso siempre permanecerá vulnerable al silencio. Si la aprobación de la gente nos da nuestra identidad, la crítica de la gente nos la puede quitar.

La tercera tentación expone otra estrategia: los atajos. Satanás le muestra a Jesús los reinos del mundo y se los ofrece a cambio de adoración. La tentación ofrece un destino sin el camino de la obediencia y el sufrimiento. Jesús vino a establecer su reino, pero el enemigo le ofrece algo que parece asemejarse al destino mientras evita la cruz. La oferta es esencialmente: "Puedes tener algo que se parece a lo que viniste a buscar sin pasar por lo que la obediencia requiere."

Todos enfrentaremos atajos.

Habrà oportunidades de obtener algo que deseamos comprometiendo algo que Dios ha hablado. Habrà momentos en que la deshonestidad parezca más fácil que la integridad, en que el compromiso parezca más rápido que la obediencia, en que irse parezca más fácil que luchar por la restauración, o en que rendirse parezca más fácil que perseverar. Al enemigo le encantan los atajos, porque los atajos a menudo prometen el destino mientras evitan la transformación que Dios quería producir a través del camino.

Pero algunas cosas no se pueden apresurar sin dañarse.

Dios puede prometer algo sin prometer que va a suceder de inmediato. El tiempo entre la promesa y su cumplimiento con frecuencia se convierte en el lugar donde se forma nuestro carácter. Si nos volvemos tan desesperados por la promesa que estamos dispuestos a violar los principios de Dios para obtenerla, entonces la promesa se ha vuelto más importante para nosotros que el Dios que la dio.

Jesús rechaza el atajo porque entiende que a quién adoramos determina a quién servimos. Hay cosas que debemos estar dispuestos a perder antes que inclinarnos. Hay oportunidades de las que debemos estar dispuestos a alejarnos. Hay relaciones que debemos rechazar si mantenerlas requiere comprometer nuestra adoración. Hay oportunidades financieras que no valen el precio espiritual que llevan consigo. Hay formas de éxito que en realidad son fracaso si alcanzarlas requiere que nos convirtamos en alguien que Dios nunca nos llamó a ser.

En cada tentación, Jesús responde con la Palabra.

Por eso las Escrituras no pueden seguir siendo algo que solamente escuchamos predicar. La Palabra debe convertirse en algo que conocemos personalmente. El Pastor Tisdale lo señaló con fuerza: no

podemos resistir con una Biblia que nunca abrimos. No podemos blandir una espada que nunca levantamos, y no podemos responder a las mentiras con una verdad que nunca hemos escondido en nuestro corazón.

Salmos 119:11 (RVR1960) dice: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti.” El salmista entendió que hay una diferencia entre tener acceso a las Escrituras y tener las Escrituras escondidas dentro de nosotros. Vivimos en una generación con un acceso extraordinario a la Biblia. Podemos llevar cientos de traducciones en un teléfono. Podemos buscar cualquier versículo en segundos. Podemos escuchar predicaciones durante todo el día. Sin embargo, el acceso a la información no produce automáticamente formación espiritual. La pregunta es si la Palabra se ha movido de nuestra pantalla a nuestro corazón.

Escondemos la Palabra antes de la batalla, porque la presión revela lo que ya se ha colocado dentro de nosotros. Cuando llega la tentación, lo que hay dentro comienza a hablar. Cuando llega el temor, lo que hay dentro comienza a hablar. Cuando nuestros hijos entran en crisis, lo que hay dentro comienza a hablar. Cuando llega el diagnóstico, cuando llega la presión financiera, cuando alguien nos hiere, cuando nuestro matrimonio entra en una temporada difícil, o cuando despertamos en medio de la noche con la mente acelerada, descubrimos lo que se ha almacenado dentro.

Por eso nuestras familias necesitan las Escrituras antes de la crisis. No deberíamos esperar hasta que nuestros hijos estén bajo ataque para comenzar a enseñarles lo que Dios dice. No deberíamos esperar hasta que un matrimonio se esté desmoronando para descubrir principios bíblicos para el matrimonio. No deberíamos esperar hasta que la tentación se vuelva abrumadora para comenzar a establecer convicciones. No deberíamos esperar hasta que la ansiedad controle nuestros pensamientos para comenzar a esconder las Escrituras en nuestro corazón. Construimos antes de la tormenta. Escondemos la Palabra antes de la tentación. Aprendemos la verdad antes de que el engaño venga a buscar acuerdo.

Todo creyente debería comenzar a desarrollar una respuesta de “Escrito está” para las áreas donde experimentamos presión repetidamente. Si el temor nos ataca repetidamente, necesitamos saber qué está escrito acerca del temor. Si la vergüenza ataca repetidamente nuestra identidad, necesitamos Escrituras acerca de la gracia, la redención, y quiénes somos en Cristo. Si nuestra familia está bajo presión, necesitamos Escrituras que anclen nuestras oraciones y decisiones. Si nuestra mente se mueve continuamente hacia la desesperanza, necesitamos una verdad lo suficientemente fuerte como para interrumpir ese patrón. La meta no es simplemente memorizar palabras como si las Escrituras fueran una fórmula mágica. La meta es conocer la Palabra de Dios tan profundamente que, cuando otra voz intente reinterpretar nuestra vida, reconozcamos de inmediato que no está de acuerdo con la verdad.

Cuando el enemigo dice: “No lo vas a lograr”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando el temor dice: “Dios se ha olvidado de tu familia”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando la tentación dice: “Todo el mundo hace esto”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando la vergüenza dice: “Tu pasado es más fuerte que la gracia de Dios”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando el desánimo dice: “Deja de orar”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando la cultura dice: “Los límites de Dios ya no importan”, debe haber un “Escrito está.”

Cuando nuestras propias emociones dicen: “No tengo ganas de obedecer”, aun así debe haber un “Escrito está.”

El poder no está en repetir una frase religiosa. El poder está en traer nuestros pensamientos, apetitos, emociones y decisiones de vuelta bajo la autoridad de lo que Dios ha hablado.

Y tal vez aquí es donde la batalla por el acuerdo se vuelve más práctica. Cada día hay voces que piden nuestro acuerdo. Nuestras emociones hablan. La cultura habla. Nuestras heridas hablan. Los amigos hablan. Los algoritmos hablan. El temor habla. La tentación habla. Nuestro pasado habla. El enemigo habla. Pero por encima de todas esas voces está la Palabra de Dios.

La pregunta no es si otras voces van a hablar.

La pregunta es qué voz tendrá la autoridad de definir la verdad.

Jesús resolvió esa pregunta en el desierto.

“Escrito está.”

Nosotros también debemos resolverla.

Sin embargo, las Escrituras también revelan algo sorprendente acerca de la guerra espiritual. A veces, después de habernos sometido a Dios, de haber cerrado puertas, de haber roto el acuerdo con las mentiras, de haber derribado fortalezas, y de habernos parado sobre la Palabra, la batalla no desaparece de inmediato. A veces le pedimos a Dios que quite la resistencia, y Él permite que parte de la resistencia permanezca.

Eso no siempre significa que hayamos fallado.

A veces la batalla misma nos está entrenando.

Jueces 3 nos dice que Dios dejó intencionalmente a ciertas naciones enemigas en la tierra para que una generación que nunca había experimentado la guerra pudiera aprender a pelear. El Salmo 144 describe al Señor como Aquel que adiestra nuestras manos para la batalla y nuestros dedos para la guerra.

Hay batallas de las cuales Dios nos libera, pero también hay batallas a través de las cuales Dios nos desarrolla.

Y esto nos lleva a otro principio esencial:

No desperdicies la pelea.

***Antes de que la guerra espiritual se convierta en una batalla de poder,
con frecuencia es una batalla de verdad.***

◆ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Cuál es mi “Escrito está” personal para la batalla que estoy enfrentando ahora mismo? No esperemos hasta el próximo ataque para buscar la verdad. ¿Qué Escritura necesitamos esconder en nuestro corazón con respecto a nuestro matrimonio, nuestros hijos, la pureza, la identidad, el temor, el llamado, o el futuro?

PARTE 06

NO DESPERDICIES LA PELEA: CUANDO DIOS USA LA RESISTENCIA PARA ENTRENARNOS

06

“Estas, pues, son las naciones que dejó Jehová para probar con ellas a Israel, a todos aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán; solamente para que el linaje de los hijos de Israel conociese, para enseñarlos en la guerra, a los que antes no la habían conocido.”

JUECES 3:1-2 (RVR1960)

Hay algo sorprendente en este pasaje. Dios había llevado a Israel a la Tierra Prometida, y sin embargo no quitó de inmediato a todos los enemigos de su alrededor. Jueces nos dice que ciertas naciones permanecieron para que una generación que nunca había experimentado las guerras de Canaán pudiera aprender la guerra. Esto no significa que Dios se deleitara en el sufrimiento de Israel, ni tampoco significa que toda batalla en nuestra vida haya sido enviada directamente por Dios. Pero sí nos enseña un principio importante: Dios puede usar la resistencia para desarrollar algo dentro de nosotros que la comodidad nunca podría producir.

Naturalmente queremos que toda batalla termine de inmediato. Cuando oramos, generalmente oramos pidiendo que algo se quite. “Dios, quita esto. Cambia esta situación. Quita esta tentación. Arregla esta relación. Abre esta puerta. Sana este dolor. Libra a mi familia de esta presión.” No hay nada de malo en orar así. Las Escrituras nos enseñan repetidamente a llevarle nuestras necesidades a Dios. Pero a veces nos desanimamos cuando la respuesta no llega tan rápido como esperábamos, porque suponemos que si la batalla permanece, algo debe estar mal. Podemos comenzar a cuestionar nuestra fe, nuestras oraciones, o hasta la fidelidad de Dios.

Jueces 3 nos da otra posibilidad. A veces, mientras le pedimos a Dios que quite la batalla, Dios nos está enseñando a pelear.

Hay cosas que aprendemos acerca de Dios solamente cuando nuestra fe tiene que sostenerse bajo presión. Podemos creer que Dios es fiel cuando todo va bien, pero hay otra dimensión de la fe que se desarrolla cuando las circunstancias parecen contradecir la promesa y seguimos creyendo de todas formas. Podemos hablar de la oración cuando las respuestas llegan rápido, pero algo más profundo se desarrolla cuando hemos orado durante meses o años y seguimos volviendo al altar. Podemos hablar del perdón cuando nadie nos ha herido profundamente, pero el perdón se convierte en guerra cuando tenemos toda razón emocional para permanecer amargados y aun así elegimos soltar la ofensa. Podemos hablar de la santidad cuando la tentación está lejos, pero la convicción se establece cuando la tentación se para directamente frente a nosotros y aun así decimos que no.

Algunas batallas adiestran nuestras manos para la guerra.

Salmo 144:1 (RVR1960) dice: “Bendito sea Jehová, mi roca, quien adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra.” David entendió que la fortaleza espiritual se aprende. Hay cosas que Dios nos enseña a través de la resistencia. Aprendemos discernimiento porque hemos encontrado el engaño. Aprendemos perseverancia porque hemos experimentado la demora. Aprendemos dependencia porque hemos descubierto los límites de nuestra propia fuerza. Aprendemos a usar las Escrituras porque hemos necesitado un “Escrito está.” Aprendemos a orar porque ha habido situaciones que no pudimos arreglar.

Aprendemos a adorar en medio del dolor porque ha habido temporadas en las que la adoración se convirtió en un acto de fe y no en una respuesta a circunstancias favorables.

Esto cambia la pregunta que hacemos durante las temporadas difíciles. En lugar de preguntar solamente: “Dios, ¿cuándo va a terminar esto?”, también podemos preguntar: “Dios, ¿qué me estás enseñando mientras estoy aquí?” ¿Qué está revelando esta batalla acerca de mi vida de oración? ¿Qué está exponiendo en mi carácter? ¿Qué me está enseñando acerca de la dependencia de Dios? ¿Qué debilidad se está haciendo visible? ¿En qué Escritura estoy aprendiendo a apoyarme? ¿Qué músculo espiritual se está desarrollando porque he sido obligado a usarlo?

Esto no significa que glorifiquemos el sufrimiento. No necesitamos llamar bueno a lo malo, ni fingir que las situaciones dolorosas son agradables. Los enemigos de Israel seguían siendo enemigos. La guerra seguía siendo guerra. El punto es que un enemigo no obtiene la última palabra simplemente porque ha aparecido en nuestra historia. Dios es tan soberano que incluso algo que se opone a nosotros puede convertirse en un ambiente en el cual Él nos desarrolla.

El apóstol Pablo experimentó algo similar con lo que él llamó su “aguijón en la carne.” 2 Corintios 12:8–9 (RVR1960) dice: “Respecto a esto, tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.”

Pablo oró pidiendo que se lo quitaran. Tres veces le pidió específicamente a Dios que lo quitara. Sin embargo, la respuesta de Dios no fue quitarlo de inmediato. Su respuesta fue gracia suficiente.

Eso es difícil para nosotros, porque a menudo definimos la victoria como la desaparición de la batalla. Dios a veces define la victoria de manera diferente. A veces la victoria no es que la presión desapareciera. La victoria es que la presión no pudo movernos. A veces la victoria no es que la tentación nunca regresara. La victoria es que la tentación regresó y aun así dijimos que no. A veces la victoria no es que el temor nunca volviera a hablar. La victoria es que el temor habló y nos negamos a estar de acuerdo. A veces la victoria no es que el problema familiar desapareciera de la noche a la mañana. La victoria es que la familia siguió orando junta mientras lo atravesaba.

No debemos confundir la guerra continua con la derrota espiritual.

La presencia de una batalla no significa automáticamente la ausencia del poder de Dios.

Pablo todavía tenía algo que quería que le quitaran, pero también tenía gracia suficiente para mantenerse en pie. Hay temporadas en las que descubrimos que la gracia de Dios no solamente nos rescata de la dificultad; su gracia nos sostiene dentro de la dificultad. Descubrimos que podemos permanecer fieles cuando las circunstancias no son favorables. Podemos adorar sin entender. Podemos obedecer sin ver el resultado. Podemos seguir orando cuando nada parece estar moviéndose.

Aquí es donde se forma la perseverancia espiritual.

Tal vez algunas de las cosas que le hemos estado pidiendo a Dios que quite de inmediato nos están enseñando a depender de Él día a día. Si toda tentación desapareciera en el momento en que oramos, tal

vez nunca aprenderíamos a resistir. Si toda oración fuera respondida al instante, tal vez nunca aprenderíamos la perseverancia. Si todo problema desapareciera antes de volverse incómodo, tal vez nunca descubriríamos cuán profundamente puede sostenernos la gracia de Dios.

Hay batallas que nos enseñan a estar firmes.

Efesios 6:13 (RVR1960) dice: “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.”

A veces, después de haber orado, obedecido, arrepentido, ayunado, perdonado, establecido límites, hablado la Palabra, y hecho todo lo que sabemos hacer, las Escrituras nos dan un mandato sorprendentemente simple: estar firmes.

No retrocedas.

No entregues el territorio que Dios ya te ha dado.

No vuelvas a abrir la puerta que cerraste.

No regreses a la relación de la que Dios te liberó.

No regreses al apetito que rendiste.

No abandones la convicción solo porque mantenerla se ha vuelto difícil.

No dejes de orar porque la respuesta está tardando más de lo esperado.

No dejes de creer por tus hijos porque todavía no puedes ver lo que Dios está haciendo.

Está firme.

Hay una madurez espiritual tremenda en aprender que no toda batalla requiere una nueva estrategia. A veces ya sabemos lo que Dios nos ha dicho que hagamos, y la batalla es simplemente si continuaremos haciéndolo. Al enemigo le encantaría agotarnos hasta que reinterpretemos la demora como negación y la resistencia como evidencia de que la obediencia no está funcionando. Pero hay momentos en los que nuestro acto de guerra más grande es seguir haciendo mañana lo que Dios nos dijo que hiciéramos ayer.

Aquí es donde la declaración del Pastor Tisdale se vuelve tan práctica: “No desperdices la pelea.”

No desperdices la pelea.

Si estamos atravesando algo difícil, deberíamos salir de ello conociendo a Dios más profundamente. Deberíamos salir orando de manera diferente. Deberíamos salir con convicciones más fuertes. Deberíamos salir con las Escrituras escondidas en lugares de nuestro corazón donde antes no estaban escondidas. Deberíamos salir más compasivos hacia otras personas que están luchando. Deberíamos

salir sabiendo qué puertas deben permanecer cerradas. Deberíamos salir reconociendo la presión espiritual más rápidamente. Deberíamos salir sabiendo cómo mantenernos firmes.

No deberíamos pelear la misma batalla durante diez años sin aprender nada de ella.

Si el temor nos ha atacado repetidamente, deberíamos convertirnos en estudiantes de lo que las Escrituras enseñan acerca del temor. Si nuestro matrimonio ha experimentado presión repetida, deberíamos convertirnos en estudiantes intencionales del matrimonio bíblico, el perdón, la comunicación, la humildad, y el pacto. Si uno de nuestros hijos está luchando espiritualmente, deberíamos aprender a interceder en lugar de simplemente entrar en pánico. Si la tentación se acerca repetidamente a nosotros por la misma puerta, eventualmente deberíamos saber dónde está esa puerta y establecer límites más fuertes alrededor de ella.

No dejes que tus hábitos se conviertan en escondites.

A veces decimos: “Esto es simplemente algo con lo que lucho”, y ese lenguaje poco a poco puede convertirse en permiso para dejar de resistir. Hay una diferencia entre reconocer una debilidad y construirle una casa. Podemos decir: “Esta es un área en la que debo permanecer vigilante”, sin decir: “Esto siempre me va a controlar.” La batalla puede continuar, pero nuestra respuesta a la batalla debe madurar.

Tal vez al principio la tentación nos sorprende. Eventualmente deberíamos reconocerla.

Al principio podemos caer antes de entender el patrón. Eventualmente deberíamos reconocer el patrón.

Al principio tal vez necesitemos que alguien más nos recuerde la Palabra. Eventualmente la Palabra debería comenzar a levantarse dentro de nosotros.

Al principio tal vez solo sepamos clamar: “Dios, ayúdame.” Eventualmente comenzamos a decir: “Escrito está.”

Al principio tal vez no sepamos hacia dónde el enemigo intenta llevarnos. Eventualmente reconocemos la dirección antes de llegar al destino.

Eso es lo que significa aprender la guerra.

Este principio se vuelve especialmente importante cuando pensamos en nuestros hijos. Naturalmente queremos protegerlos de toda batalla, pero nuestra responsabilidad como padres no es simplemente criar hijos que nunca experimenten resistencia espiritual. Debemos criar hijos que sepan qué hacer cuando llegue la resistencia. Eventualmente encontrarán tentaciones que no podemos quitar. Escucharán ideas que no podemos filtrar. Desarrollarán relaciones que no podemos controlar por completo. Experimentarán decepciones que no podemos prevenir. En algún momento tendrán que saber cómo pelear por su propia fe.

Nuestra meta no es simplemente construir un muro alrededor de nuestros hijos. Nuestra meta es construir la Palabra dentro de ellos.

Les enseñamos por qué oramos. Les enseñamos por qué adoramos. Les enseñamos por qué importa la santidad. Les enseñamos por qué existen ciertos límites. Les enseñamos a reconocer la tentación. Les enseñamos a arrepentirse cuando fallan. Les enseñamos a perdonar. Les enseñamos a discernir voces. Les enseñamos que los sentimientos son reales, pero los sentimientos no son el Señor. Les enseñamos que la cultura puede cambiar sin que la verdad cambie. Les enseñamos a abrir su Biblia y encontrar un “Escrito está” por sí mismos.

Llega un momento en que nuestros hijos deben saber más que “Mis padres no permiten esto.” Necesitan poder decir: “Yo no estoy de acuerdo con esto porque le pertenezco a Jesús.”

Ahí es cuando un límite paterno se convierte en una convicción personal.

Por lo tanto, nuestros hogares necesitan más que reglas. Necesitan lenguaje espiritual. Nuestros hijos deben escucharnos hablar acerca de por qué ciertas cosas no se permiten en nuestra casa. No todo necesita convertirse en un argumento sobre si algo es técnicamente pecaminoso. Hay cosas que simplemente reconocemos como espiritualmente dañinas para nuestra familia. Hay conversaciones que no vamos a normalizar. Hay formas de entretenimiento que no vamos a traer a nuestro hogar. Hay maneras en las que no nos vamos a hablar unos a otros. Hay actitudes que no vamos a permitir que se conviertan en nuestra cultura.

Aquí es donde aprendemos el poder de decir no.

Nuestra generación celebra la libertad de decir sí, pero la madurez espiritual también se revela por aquello a lo que estamos dispuestos a decir no. No nos definen simplemente las puertas por las que caminamos. A veces nos definen las puertas que nos negamos a entrar.

Hay momentos en los que simplemente debemos decir:

No. No está permitido.

No porque tengamos miedo.

No porque creamos que el enemigo es más fuerte que nosotros.

No porque estemos intentando ganar la salvación mediante reglas.

Sino porque entendemos lo que Dios nos ha confiado.

Hay cosas que deberíamos estar dispuestos a decir acerca de nuestros hogares: “No, aquí no nos hablamos de esa manera. No, aquí no nos deshonramos unos a otros. No, no permitimos la pornografía en esta casa. No, aquí no alimentamos la amargura. No, aquí no entretenemos el chisme. No, no vamos a permitir que el cinismo se convierta en el lenguaje de nuestra familia. No, no vamos a permitir que el mundo tenga acceso ilimitado a la mente de nuestros hijos. No, no vamos a dejar que la ofensa nos separe del cuerpo de Cristo. No, no vamos a permitir que la oración desaparezca de este hogar.”

Hay algo poderoso cuando una familia aprende a decir juntos: “En esta casa, no.”

Esa declaración no es mágica. Las palabras en sí mismas no crean autoridad espiritual. Su poder llega cuando representan una vida sometida, convicción bíblica, límites prácticos, y obediencia constante. “En esta casa, no” significa que hemos decidido a quién le pertenece esta casa. Significa que ya no estamos negociando con todo lo que toca a la puerta.

Josué 24:15 (RVR1960) todavía nos habla: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

Servir al Señor requiere tanto el sí como el no.

Sí a la oración.

Sí a la adoración.

Sí al perdón.

Sí a las Escrituras.

Sí a la santidad.

Sí a la generosidad.

Sí a la rendición de cuentas.

Sí a la comunidad piadosa.

Sí al arrepentimiento.

Sí a la presencia de Dios.

Y porque hemos dicho sí a esas cosas, inevitablemente habrá otras cosas a las que debemos decir no.

Así es como la resistencia comienza a convertirse en un estilo de vida y no solamente en una reacción a la crisis.

Eventualmente comenzamos a entender algo extraordinario: la guerra espiritual no se trata de vivir aterrorizados por lo que el diablo pueda hacer después. Se trata de vivir tan completamente rendidos a Jesús que sabemos qué pertenece a nuestra vida y qué no. Sabemos a quién servimos. Sabemos lo que Dios ha dicho. Reconocemos la dirección del enemigo. Guardamos el territorio que Dios nos ha confiado. Llevamos cautivos nuestros pensamientos. Nos negamos a estar de acuerdo con las mentiras. Nos mantenemos firmes cuando llega la resistencia.

Y a través de cada batalla, Dios está adiestrando nuestras manos para la guerra.

Tal vez hemos orado: “Dios, ¿por qué todavía estoy peleando con esto?”

Tal vez parte de la respuesta es que la pelea nos está enseñando algo que necesitaremos para el futuro. Tal vez lo que aprendemos en esta batalla algún día nos ayudará a proteger nuestro matrimonio. Tal vez nos ayudará a discipular a nuestros hijos. Tal vez nuestros hijos sobrevivirán una batalla porque nos

vieron permanecer fieles en la nuestra. Tal vez alguien más aprenderá a mantenerse firme porque podemos testificar: “Sé lo que se siente querer rendirse, pero también sé que la gracia de Dios es suficiente.”

Así que no desperdiciamos la pelea.

Aprendemos.

Maduramos.

Establecemos límites.

Enseñamos a nuestros hijos.

Fortalecemos nuestros hogares.

Seguimos orando.

Seguimos resistiendo.

Y habiendo acabado todo, estamos firmes.

Esto nos lleva de vuelta a donde comenzó todo este estudio. Santiago no dijo que el diablo nunca se nos acercaría. Nos dijo qué hacer cuando lo haga:

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.”

La meta de la guerra espiritual no es hacernos obsesionados con la oscuridad. La meta es hacernos profundamente sometidos a Dios, firmemente establecidos en la verdad, discernidores en cuanto al acuerdo, y lo suficientemente confiados en Jesucristo como para decirle a cualquier cosa que intente alejarnos de Él:

No. No está permitido. No en mi mente. No en mi matrimonio. No en mis hijos. No en mi adoración. No en mi futuro. No en esta casa.

Le pertenecemos a Jesús.

♦ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué me está enseñando esta batalla? Si Dios todavía no ha quitado la resistencia, ¿qué fortaleza espiritual podría estar desarrollándose a través de ella? ¿Estamos aprendiendo perseverancia, discernimiento, oración, humildad, dependencia, límites, perdón, o un conocimiento más profundo de las Escrituras?

¿A qué necesitamos decirle “en esta casa, no”? ¿Qué se ha vuelto normal poco a poco en nuestra familia y ya no debería serlo? ¿El enojo? ¿La falta de respeto? ¿La ausencia de oración? ¿El entretenimiento poco saludable? ¿La negatividad constante? ¿El aislamiento? ¿El chisme? ¿El temor? ¿Qué límite necesita establecerse?

PARTE 07

CUANDO JESÚS RESTAURA LO QUE LA BATALLA INTENTÓ QUITAR

07

“Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.”

MATEO 12:22 (RVR1960)

Regresamos ahora al hombre que nos presentó toda esta enseñanza acerca de la guerra espiritual. Cuando fue llevado a Jesús, algo había afectado tanto su vista como su habla. No podía ver, y no podía hablar. Sin embargo, cuando Jesús intervino, Mateo no solamente nos dice que la opresión fue removida. Mateo nos dice específicamente qué fue restaurado: “el ciego y mudo veía y hablaba.” El hombre salió de ese encuentro pudiendo hacer lo que la esclavitud le había impedido hacer. Esto nos da un cuadro hermoso de lo que Jesús desea lograr en nuestra vida. La guerra espiritual no se trata solamente de sacar algo malo de nosotros. Dios desea restaurar lo que la batalla ha afectado. Si el temor ha silenciado nuestra voz, Él quiere que volvamos a hablar fe. Si la decepción ha distorsionado nuestra visión, Él quiere que volvamos a ver por fe. Si la ofensa ha dañado nuestras relaciones, Él quiere restaurar el perdón y la conexión saludable. Si el desánimo ha debilitado nuestra vida de oración, Él quiere que volvamos a orar. Si el agotamiento espiritual ha silenciado nuestra adoración, Él quiere que la adoración vuelva a salir de nosotros.

A veces nos enfocamos tanto en lo que queremos que Dios quite, que olvidamos preguntar qué quiere restaurar. Oramos: “Dios, quita esto. Quitale este temor. Quitale esta tentación. Quitale este dolor. Quitale este ataque.” Esas son oraciones legítimas, pero tal vez también deberíamos preguntar: “Dios, ¿qué quieres devolver a mi vida cuando esto se haya ido?” La pregunta no es solamente: “¿De qué estoy tratando de liberarme?”, sino también: “¿Para qué me estoy volviendo libre?” Dios no nos libera simplemente para que quedemos vacíos. Nos libera para que nuestra vida pueda volver a funcionar según su propósito. El hombre de Mateo 12 recibió la vista para poder ver, y recibió el habla para poder hablar. De la misma manera, cuando Dios nos lleva a través de una batalla, quiere que las áreas que fueron atacadas vuelvan a ser útiles.

Esto es importante, porque después de una temporada larga o dolorosa podemos acostumbrarnos a vivir con expectativas disminuidas. Sobrevivimos, pero algo dentro de nosotros dejó de funcionar como antes. Todavía asistimos a la iglesia, pero dejamos de soñar. Todavía oramos, pero dejamos de esperar. Todavía amamos a nuestra familia, pero dejamos de creer que ciertas relaciones podían sanar. Todavía adoramos, pero algo dentro de nosotros se ha vuelto cauteloso. Sobrevivimos la batalla, pero parte de nosotros permaneció en modo de supervivencia. Jesús quiere más que nuestra supervivencia. Él quiere restauración.

Tal vez el enemigo atacó nuestra visión. Alguna vez pudimos ver posibilidades, pero después de suficiente decepción comenzamos a ver solamente problemas. Alguna vez miramos a nuestros hijos e imaginamos lo que Dios podía hacer a través de ellos, pero ahora solo podemos ver sus luchas presentes. Alguna vez miramos nuestro matrimonio y vimos pacto, compañerismo y propósito, pero ahora cada desacuerdo parece confirmar que algo está permanentemente roto. Alguna vez miramos nuestro futuro con expectativa, pero la decepción nos ha entrenado a esperar lo peor para no volver a ser heridos.

Esa es una visión dañada. El enemigo no siempre tiene que hacer que dejemos de creer completamente en Dios. A veces simplemente intenta hacer que dejemos de ver lo que Dios puede hacer.

Por eso Pablo oró en Efesios 1:18 (RVR1960): “alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...” Necesitamos que Dios restaure continuamente nuestra visión espiritual. Necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude a ver más allá de lo que es visible de inmediato. La fe no niega lo que está sucediendo, pero la fe se niega a creer que lo que está sucediendo es todo lo que puede suceder. Necesitamos una visión restaurada con respecto a nuestras familias. Debemos poder mirar a un hijo que está luchando y todavía ver a alguien a quien Dios puede alcanzar. Debemos poder mirar un matrimonio herido y todavía creer que Dios puede enseñarnos a perdonar, reconstruir y amar. Debemos poder mirar nuestros propios fracasos y todavía ver un futuro más allá de ellos. Debemos poder mirar una temporada difícil y recordar que las temporadas cambian. El enemigo quiere que la batalla se convierta en nuestra visión, pero Dios quiere que su Palabra dé forma a nuestra visión.

El hombre de Mateo 12, sin embargo, no solo había perdido la vista. También había perdido la voz. Esto es significativo porque lo que vemos eventualmente influye en lo que decimos. Si nuestra visión espiritual se ve dominada por el temor, el temor eventualmente comenzará a hablar a través de nosotros. Si todo lo que podemos ver es desesperanza, la desesperanza comenzará a aparecer en nuestras conversaciones. Si continuamente nos vemos a nosotros mismos a través de la vergüenza, hablaremos de nosotros mismos desde la vergüenza. Si vemos a nuestros hijos solamente a través de sus errores, nuestro lenguaje hacia ellos eventualmente reflejará decepción en lugar de fe. Al enemigo le encantaría silenciar la voz de la fe en nuestros hogares. Le encantaría que dejáramos de orar en voz alta, que dejáramos de hablar las Escrituras, que dejáramos de bendecir a nuestros hijos, que dejáramos de animar a nuestro cónyuge, que dejáramos de contar nuestro testimonio, y que dejáramos de adorar cuando las circunstancias se vuelven difíciles.

Pero cuando Jesús restaura a este hombre, él vuelve a hablar. Tal vez hay voces en nuestros hogares que necesitan regresar. Tal vez necesitamos volver a orar en voz alta en nuestros hogares. Tal vez necesitamos volver a bendecir a nuestros hijos. Tal vez necesitamos volver a hablarle ánimo a nuestro cónyuge. Tal vez necesitamos volver a contar nuestro testimonio. Tal vez necesitamos volver a cantar. Tal vez necesitamos adorar mientras la batalla todavía está ocurriendo, en lugar de esperar hasta que todo se haya resuelto. Tal vez necesitamos dejar de permitir que el desánimo determine lo que sale de nuestra boca.

Salmo 107:2 (RVR1960) dice: “Digan lo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo.” Los redimidos tienen algo que decir. Esto no significa que hablemos palabras positivas vacías o finjamos que los problemas no existen. La confesión bíblica no es fingir. Es poner nuestras palabras de acuerdo con la verdad. Podemos reconocer: “Estoy sufriendo”, mientras también decimos: “Dios sigue siendo fiel.” Podemos decir: “No entiendo esta temporada”, mientras continuamos: “Pero confiaré en Él.” Podemos decir: “Mi hijo está luchando”, sin declarar que nuestro hijo está perdido permanentemente. Podemos reconocer que nuestro matrimonio necesita sanidad sin estar de acuerdo en que la división

tiene derecho a destruirlo. Podemos admitir que hemos fallado sin hacer del fracaso nuestra identidad permanente. Nuestra voz se convierte en un instrumento de acuerdo con lo que Dios ha dicho.

Por eso también la guerra espiritual requiere reemplazo. No simplemente rechazamos el temor; cultivamos la fe. No simplemente dejamos de hablar negativamente; aprendemos a hablar la verdad. No simplemente quitamos el entretenimiento poco saludable; llenamos nuestro hogar de cosas que fortalecen nuestro espíritu. No simplemente dejamos relaciones poco saludables; buscamos comunidad piadosa. No simplemente dejamos de pensar pensamientos destructivos; renovamos nuestra mente con las Escrituras. No simplemente nos arrepentimos de la falta de oración; comenzamos a orar. La libertad bíblica no se trata solamente de quitar algo que estaba mal. Se trata de establecer algo que está bien.

Jesús enseña este principio más adelante en Mateo 12, cuando describe a un espíritu inmundo que sale de una persona y eventualmente regresa y encuentra la casa “desocupada, barrida y adornada” (Mateo 12:43–45). El problema no era que la casa había sido limpiada. El problema era que la casa permanecía vacía. Algo se había ido, pero nada más grande había tomado su lugar. Esto debería enseñarnos algo importante acerca de la libertad espiritual. La libertad cristiana nunca fue diseñada para producir casas vacías. Nuestro corazón fue creado para estar lleno de Dios.

Nuestro hogar necesita la presencia de Dios. Nuestra mente necesita la Palabra de Dios. Nuestra boca necesita alabanza y verdad. Nuestras relaciones necesitan gracia. Nuestro horario necesita oración. Nuestros hijos necesitan discipulado. Nuestro matrimonio necesita intimidad espiritual. No es suficiente decir: “Ya no hacemos eso.” También debemos poder decir: “Esto es lo que hacemos ahora.” Tal vez el enojo alguna vez dominó nuestros desacuerdos, pero ahora estamos aprendiendo a comunicarnos, perdonar, orar y humillarnos. Tal vez todos en la casa alguna vez desaparecían en habitaciones separadas, pero ahora creamos intencionalmente momentos de conexión. Tal vez alguna vez consumíamos lo que apareciera en nuestras pantallas sin pensarlo, pero ahora hemos establecido límites. Tal vez la negatividad alguna vez dominó nuestras conversaciones, pero ahora practicamos intencionalmente la gratitud. Tal vez la oración era algo que solo sucedía en la iglesia, pero ahora la oración ha entrado en nuestro hogar.

Así es como la victoria espiritual se convierte en una cultura y no simplemente en un momento. No estamos simplemente tratando de experimentar un servicio de oración poderoso en el que Dios nos toca. Queremos que la presencia de Dios rediseñe la manera en que vivimos después de que el servicio de oración ha terminado. Eso es particularmente importante para nuestros hijos. Necesitan más que historias acerca de lo que Dios hizo en la iglesia. Necesitan experimentar cómo se ve cuando el Espíritu Santo influye en la vida familiar cotidiana. Deberían ver el arrepentimiento. Deberían ver el perdón. Deberían escuchar la oración. Deberían escuchar las Escrituras. Deberían ver la generosidad. Deberían experimentar la gracia. Deberían ver a mamá y papá estar en desacuerdo sin destruirse el uno al otro. Deberían vernos admitir cuando estamos equivocados. Deberían vernos tomar decisiones según la convicción aun cuando esas decisiones nos cuesten algo. Así es como reemplazamos la oscuridad con discipulado.

No podemos simplemente decirles a nuestros hijos en qué no deben convertirse. Debemos mostrarles cómo se ve seguir a Jesús. Si el cristianismo se convierte solamente en una lista de cosas prohibidas, eventualmente pueden comenzar a ver la santidad como restricción en lugar de relación. Necesitan ver qué llena el espacio creado por nuestros límites. No solamente le decimos no al mundo; le decimos sí a algo infinitamente mayor. Decimos sí a la presencia de Dios, sí a la oración, sí a la adoración, sí a la Palabra, sí a las relaciones saludables, sí al propósito, sí a la pureza, sí a la paz, y sí al gozo que viene de caminar con Jesús.

Esto también explica por qué el aislamiento es tan peligroso durante las batallas espirituales. Una de las cosas que el enemigo a menudo intenta quitarnos es la conexión saludable. Cuando estamos heridos, avergonzados, desanimados o tentados, la reacción natural puede ser retraernos. Dejamos de responder mensajes. Dejamos de hablar honestamente. Dejamos de pedir oración. Dejamos de acercarnos a personas que podrían reconocer que algo está mal. El aislamiento nos convence de que debemos manejarlo todo nosotros mismos, mientras el orgullo nos dice que no dejemos que nadie sepa que estamos luchando. La vergüenza añade otra voz y nos dice que si la gente realmente supiera lo que está pasando dentro de nosotros, pensaría diferente de nosotros. Sin embargo, Dios obra repetidamente a través del cuerpo de Cristo, y hay batallas que nunca fueron diseñadas para que peleáramos solos.

Jesús dijo en Mateo 18:19–20 (RVR1960): “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” Nota esa palabra otra vez: de acuerdo. El enemigo quiere acuerdo con las mentiras y aislamiento de las personas, pero Dios nos llama al acuerdo con la verdad y a la conexión con su pueblo. A veces la guerra espiritual se ve como llamar a alguien y decir: “Necesito que ores conmigo.” A veces se ve como un esposo y una esposa tomándose de las manos en oración cuando pocos minutos antes querían seguir discutiendo. A veces se ve como padres poniendo sus manos sobre sus hijos y orando por ellos. A veces se ve como traer a la luz algo escondido y pedir ayuda a un liderazgo espiritual de confianza. A veces la victoria comienza con suficiente humildad para admitir: “Estoy luchando, y no quiero pelear esto solo.”

Por eso al enemigo le encanta la división. Jesús ya nos dijo que una casa dividida no puede permanecer. Si logra separar al esposo de la esposa, al padre del hijo, al creyente de la iglesia, y al amigo del amigo, puede debilitar relaciones que Dios diseñó para convertirse en fuentes de fortaleza espiritual. Por lo tanto, la restauración debe incluir reconstruir el acuerdo piadoso. Volvemos a orar juntos. Volvemos a comunicarnos. Volvemos a perdonar. Volvemos a adorar. Volvemos a confiar. Volvemos a abrir la Biblia. Volvemos a congregarnos. Volvemos a hablar, y comenzamos a ver de nuevo. Esta es exactamente la imagen que Mateo nos da. El hombre que llegó a Jesús sin poder ver ni hablar sale de ese encuentro haciendo ambas cosas.

Eso es lo que Jesús hace. Él no solamente confronta lo que nos ha atado. Él restaura lo que la esclavitud intentó robar.

Él no solamente confronta lo que nos ha atado. Él restaura lo que la esclavitud intentó robar.

Tal vez, entonces, la pregunta final no debería ser simplemente: “¿Qué necesito que Dios quite?” También deberíamos preguntar: “¿Qué necesita volver a vivir?” ¿Qué necesita volver a vivir en nuestra vida de oración? ¿Qué necesita volver a vivir en nuestro matrimonio? ¿Qué necesita volver a vivir entre nosotros y nuestros hijos? ¿Qué necesita volver a vivir en nuestra adoración? ¿Qué necesita volver a vivir en nuestra fe? ¿Qué visión silenció la decepción? ¿Qué voz se llevó el temor? ¿Qué sueño enterró el desánimo? ¿Qué disciplina espiritual desapareció durante la batalla? ¿Qué relación necesita reconstruirse? ¿Qué parte de nuestro caminar con Dios hemos permitido que simplemente sobreviva, cuando Jesús desea restaurarla?

Deberíamos llevarle esas cosas a Jesús, porque el mismo Jesús que hizo que el ciego viera y que el mudo hablara todavía puede restaurar lo que las batallas espirituales han afectado. Tal vez el enemigo atacó nuestra visión, pero podemos volver a ver. Tal vez el enemigo atacó nuestra voz, pero podemos volver a hablar. Tal vez el enemigo atacó nuestro acuerdo, pero nuestra casa puede volver a ponerse de acuerdo. Tal vez el enemigo atacó nuestra vida de oración, pero podemos volver a orar. Tal vez el enemigo atacó nuestra adoración, pero podemos volver a adorar. Tal vez el enemigo atacó nuestra familia, pero todavía podemos permanecer juntos y declarar: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

Por lo tanto, la guerra espiritual no se trata solamente de lo que nos negamos a permitir en nuestro hogar. También se trata de lo que intencionalmente establecemos dentro de él. No es suficiente decir: “En esta casa, no.” También debemos establecer qué sí pertenece a esta casa. La oración pertenece a esta casa. La adoración pertenece a esta casa. La verdad pertenece a esta casa. El perdón pertenece a esta casa. La pureza pertenece a esta casa. La fe pertenece a esta casa. La Palabra pertenece a esta casa. La presencia de Dios pertenece a esta casa. No estamos simplemente tratando de mantener afuera la oscuridad; estamos llenando intencionalmente nuestro hogar con las cosas de Dios.

En última instancia, eso es lo que nuestra resistencia está protegiendo. Estamos protegiendo una casa que le pertenece a Jesús. Estamos protegiendo matrimonios que le pertenecen a Jesús. Estamos discipulando hijos que le pertenecen a Jesús. Estamos cuidando mentes, corazones, voces, relaciones y futuros que le pertenecen a Jesús. El enemigo no determina el ambiente de nuestro hogar. Nuestras heridas no lo determinan. Nuestros temores no lo determinan. La cultura no lo determina. Hemos hecho nuestro acuerdo, y nuestro acuerdo es con el Señor.

Esta casa le pertenece a Jesús.

♦ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué necesita volver a vivir en nuestra casa? En lugar de enfocarnos solamente en lo que debe irse, preguntemos qué quiere restaurar Jesús. ¿Necesita volver a vivir la oración? ¿La adoración? ¿El devocional familiar? ¿La comunicación? ¿La confianza? ¿El perdón? ¿Las conversaciones espirituales con nuestros hijos? ¿La fe por su futuro?

CONCLUSIÓN

RESISTE MEDIANTE LA SUMISIÓN

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.”

SANTIAGO 4:7 (RVR1960)

Comenzamos este estudio con un hombre que no podía ver ni hablar, y hemos seguido la batalla hasta su raíz. La guerra espiritual no se trata simplemente de manifestaciones dramáticas o experiencias inusuales. Se trata de la presión que intenta mover nuestra vida en una dirección a la que Dios nunca nos llamó a ir. Se trata de la batalla por nuestra visión, nuestra voz, nuestros pensamientos, nuestros hogares, nuestros matrimonios, nuestros hijos, nuestras convicciones, y en última instancia nuestro acuerdo. El enemigo quiere que estemos de acuerdo con el temor, la amargura, la división, la tentación, la vergüenza, la desesperanza y la acusación, mientras Dios continuamente nos llama de regreso al acuerdo con su Palabra.

Por eso Santiago 4:7 sigue siendo el fundamento de todo lo que hemos estudiado. “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.” La autoridad espiritual comienza con la rendición. Antes de confrontar lo que intenta influenciarnos, nos colocamos bajo la autoridad de Dios. Antes de decirle no a la oscuridad, primero le decimos sí a Jesús. Antes de reprender lo que está a nuestro alrededor, dejamos que Dios examine lo que hay dentro de nosotros. Nuestra resistencia se vuelve eficaz cuando nuestra rendición se vuelve genuina.

La batalla no se gana simplemente porque sepamos hablar un lenguaje espiritual. Se gana cuando nuestra vida comienza a estar de acuerdo con lo que oramos. No podemos pedirle a Dios que establezca paz en nuestro hogar mientras continuamente alimentamos el enojo. No podemos orar por pureza mientras protegemos la puerta por la cual la tentación entra continuamente. No podemos pedirle a Dios que restaure nuestras familias mientras permitimos que la ofensa, el orgullo y la falta de perdón permanezcan cómodos dentro de ellas. No podemos pedirle a Dios que fortalezca espiritualmente a nuestros hijos mientras le damos a cada voz en competencia acceso ilimitado a su corazón. En algún momento nuestras oraciones, límites, palabras, hábitos y decisiones deben comenzar a moverse en la misma dirección.

Eso es lo que produce la sumisión. La sumisión trae las áreas divididas de nuestra vida de vuelta al acuerdo con Dios.

Puede haber áreas en nuestra vida donde Dios nos está pidiendo que cerremos una puerta. Puede haber conversaciones que necesitamos dejar, relaciones que necesitamos reevaluar, hábitos que necesitamos rendir, patrones de pensamiento que necesitamos derribar, o heridas a las que necesitamos dejar de permitir que definan nuestra cosmovisión. Puede haber cosas que hemos llamado personalidad y que Dios está llamando orgullo. Puede haber cosas que hemos llamado discernimiento y que en realidad son sospecha. Puede haber cosas que hemos llamado precaución y que en realidad son temor. Puede haber cosas que hemos llamado “así soy yo” y que Dios está intentando transformar.

Debemos permitir que el Espíritu Santo examine esos lugares.

No necesitamos tener miedo de ese proceso, porque la convicción no es Dios tratando de destruirnos. La convicción es Dios negándose a permitir que algo destructivo permanezca oculto. Si Dios revela una puerta, nos está mostrando dónde cerrarla. Si expone una mentira, nos está dando la oportunidad de reemplazarla con verdad. Si revela amargura, nos está invitando hacia el perdón. Si revela temor, nos está llamando hacia la fe. Si revela contradicción entre nuestra adoración pública y nuestra vida privada, nos está llamando hacia la integridad.

Por lo tanto, la guerra espiritual se vuelve profundamente práctica. A veces la guerra es adoración, ayuno, intercesión y oración ferviente. Pero a veces la guerra también es pedirle perdón a nuestro cónyuge. A veces es perdonar a alguien que no lo merece. A veces es poner el teléfono sobre la mesa y borrar algo. A veces es decirles a nuestros hijos: “Estamos cambiando lo que permitimos en esta casa.” A veces es apagar el televisor. A veces es abrir la Biblia. A veces es llamar a alguien y admitir que necesitamos ayuda. A veces es ponernos de rodillas cuando todo dentro de nosotros quiere permanecer enojado.

A veces la guerra más poderosa sucede sin que nadie grite.

Sucede cuando una persona rendida dice: “No más.”

No más acuerdo con esta mentira. No más proteger este apetito. No más repasar esta ofensa. No más hablar desesperanza sobre mi familia. No más permitir que la herida de ayer defina las relaciones de mañana. No más permitir que el temor predique más fuerte que la Palabra de Dios. No más permitir que la tentación me diga quién soy. No más permitir que una acusación se convierta en mi identidad.

Hemos aprendido que la respuesta a la mentira es la verdad. Cuando Jesús estuvo de pie en el desierto, no permitió que el hambre, la presión, la afirmación, o la promesa de un atajo determinaran su obediencia. Respondió: “Escrito está.” Necesitamos esa misma autoridad establecida en nuestra vida. Debemos saber lo que Dios ha dicho antes de que la presión intente reinterpretarlo. Necesitamos las Escrituras escondidas en nuestro corazón antes de la temporada de noche. Necesitamos la verdad antes que la tentación. Necesitamos convicción antes de que la cultura nos presione a ceder. Necesitamos que nuestros hijos conozcan la Palabra de Dios antes de que otra voz intente darles una identidad diferente.

La Palabra debe volverse más fuerte que la presión.

La Palabra debe volverse más fuerte que la presión.

Cuando el temor dice que nuestra familia no va a sobrevivir, necesitamos un “Escrito está.” Cuando la vergüenza nos dice que nuestro pasado nos ha descalificado, necesitamos un “Escrito está.” Cuando el desánimo dice que la oración es inútil, necesitamos un “Escrito está.” Cuando la cultura les dice a nuestros hijos que la obediencia está anticuada, ellos necesitan un “Escrito está.” Cuando la tentación dice que ceder hará la vida más fácil, necesitamos un “Escrito está.” No podemos blandir una espada que nunca levantamos. No podemos responder a las mentiras con una verdad que nunca hemos aprendido.

También debemos recordar que algunas batallas tal vez no desaparezcan de inmediato. Jueces 3 nos enseña que Dios permitió que una generación enfrentara enemigos para que pudieran aprender la guerra. El Salmo 144 dice que Dios adiestra nuestras manos para la batalla y nuestros dedos para la guerra. Pablo le pidió a Dios que quitara su aguijón, y en cambio Dios le dijo: “Bástate mi gracia.” Habrá batallas de las cuales Dios nos libera rápidamente, y puede haber otras a través de las cuales Dios desarrolla perseverancia, discernimiento, oración, humildad y dependencia.

No debemos desperdiciar esas batallas.

Si vamos a pelear, salgamos más fuertes. Salgamos orando más profundamente. Salgamos conociendo mejor las Escrituras. Salgamos con límites más claros. Salgamos con mayor compasión. Salgamos capaces de reconocer la dirección del enemigo más rápidamente. Salgamos sabiendo cómo ayudar a nuestros hijos a pelear batallas que nosotros mismos alguna vez no supimos cómo pelear.

Uno de los mayores regalos que podemos darles a nuestros hijos no es una vida sin batallas. Es un ejemplo de lo que hace la gente fiel cuando llegan las batallas. Que nos vean orar cuando tenemos miedo. Que nos vean perdonar cuando estamos heridos. Que nos vean arrepentirnos cuando estamos equivocados. Que nos vean adorar cuando las circunstancias son difíciles. Que nos vean pararnos sobre las Escrituras cuando nuestras emociones son inestables. Que nos vean establecer límites aun cuando esos límites sean impopulares.

Necesitan saber que servir a Dios no es solamente algo que hacemos cuando la vida es fácil.

Necesitan vernos mantenernos firmes.

Efesios 6:13 (RVR1960) dice: “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.”

Puede haber momentos en los que estar firmes es la victoria. Oramos, y seguimos de pie. Lloramos, y seguimos de pie. Nos decepcionamos, y seguimos de pie. La tentación regresó, y seguimos de pie. Nuestra familia atravesó presión, y seguimos de pie. No entendimos todo lo que Dios permitió, pero permanecemos sometidos.

El enemigo esperaba que la presión cambiara nuestro acuerdo.

En cambio, la presión lo fortaleció.

Eso es victoria.

Por eso la promesa de Isaías 54:17 (RVR1960) se vuelve tan poderosa: “Ninguna arma forjada contra ti prosperará...” Nota que las Escrituras no dicen que nunca se formará un arma. Dicen que el arma no prosperará. Puede que todavía haya ataques. Puede que todavía haya presión. Puede que todavía haya momentos en que nuestra fe sea probada. La promesa no es que nada se levantará jamás contra nosotros. La promesa es que lo que se levanta contra nosotros no tiene la autoridad para determinar el resultado final.

Las armas pueden formarse, pero no tienen la última palabra.

El temor puede formarse, pero el temor no tiene la última palabra.

La división puede intentar entrar, pero la división no tiene la última palabra.

La tentación puede regresar, pero la tentación no tiene la última palabra.

Nuestras heridas pueden hablar, pero nuestras heridas no tienen la última palabra.

Nuestras circunstancias pueden ser difíciles, pero nuestras circunstancias no tienen la última palabra.

La Palabra de Dios tiene la última palabra.

Así que cuando llega la presión, no tenemos que obsesionarnos con lo que el enemigo está haciendo. Nuestra primera pregunta se convierte en: "Dios, ¿estoy sometido a ti?" Entonces resistimos. Guardamos el territorio que Dios nos ha confiado. Cerramos puertas que nunca debieron permanecer abiertas. Derribamos imaginaciones. Llevamos cautivos nuestros pensamientos. Nos negamos a estar de acuerdo con las mentiras. Llenamos nuestra mente de verdad. Enseñamos a nuestros hijos. Protegemos nuestros hogares. Oramos unos con otros. Nos mantenemos firmes.

Y tal vez hay algunas cosas que necesitamos resolver en nuestro corazón hoy.

Debemos decidir que el temor no va a pastorear nuestras familias. Debemos decidir que la amargura no se va a convertir en el ambiente de nuestros matrimonios. Debemos decidir que la cultura no va a tener mayor autoridad sobre nuestros hijos que la Palabra de Dios. Debemos decidir que nuestra vida privada estará de acuerdo con nuestra adoración pública. Debemos decidir que nuestras heridas no se convertirán en nuestra cosmovisión. Debemos decidir que la tentación puede hablar sin recibir nuestro acuerdo. Debemos decidir que cuando el enemigo cuestione lo que Dios ha dicho, nuestra respuesta seguirá siendo: "Escrito está."

Más importante aún, debemos decidir a quién le pertenece nuestra casa.

Josué tomó esa decisión con claridad: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová."

Eso no significa que nuestra casa nunca vaya a experimentar una batalla. Significa que ya hemos decidido quién tendrá la autoridad cuando llegue la batalla. Significa que hemos decidido qué voz recibe nuestro acuerdo. Significa que la oración pertenece aquí, la adoración pertenece aquí, el perdón pertenece aquí, las Escrituras pertenecen aquí, la pureza pertenece aquí, el arrepentimiento pertenece aquí, la gracia pertenece aquí, y la presencia de Dios pertenece aquí.

Si el temor toca la puerta, no es dueño de la casa.

Si la tentación toca la puerta, no es dueña de la casa.

Si la ofensa toca la puerta, no es dueña de la casa.

Si el desánimo toca la puerta, no es dueño de la casa.

Jesús es el dueño de la casa.

Este es nuestro acuerdo.

Esta es nuestra rendición.

Esta es nuestra resistencia.

Y así es como nos mantenemos firmes.

Sométete a Dios. Resiste al diablo. Párate sobre la verdad. No le des lugar a la oscuridad. Niégate a estar de acuerdo con la mentira. Y habiendo acabado todo, mantente firme.

Porque la batalla puede ser real, pero también lo es nuestro Dios.

El arma puede formarse, pero no prosperará.

Y en cuanto a nosotros y nuestra casa, serviremos al Señor.

COMPLETA LOS ESPACIOS EN BLANCO

1. La guerra espiritual comienza cuando la _____ intenta movernos en una dirección a la que Dios no nos ha llamado a ir.
2. Lo que no _____, no lo resistiremos, y lo que no resistimos, eventualmente lo toleraremos.
3. Según Santiago 4:7, antes de resistir al diablo, primero debemos _____ a Dios.
4. Nuestra resistencia es tan eficaz como nuestra _____.
5. Efesios 4:27 nos dice: “Ni deis _____ al diablo.”
6. La guerra espiritual es, en última instancia, una batalla por el _____.
7. Debemos tener cuidado de que nuestra herida no se convierta en nuestra _____.
8. Jesús respondió a la tentación en el desierto con las palabras: “_____ está.”
9. Según 2 Corintios 10:5, debemos llevar todo pensamiento a _____ a la obediencia de Cristo.
10. La presencia de una batalla no significa necesariamente la ausencia del _____ de Dios.

Clave de respuestas, para los líderes de grupo: 1. presión | 2. reconocemos | 3. someternos | 4. rendición | 5. lugar | 6. acuerdo | 7. cosmovisión | 8. escrito | 9. cautiverio | 10. poder

DESAFÍO FINAL PARA LA FAMILIA

Antes de terminar el estudio, tomen unos minutos como familia o grupo e identifiquen juntos dos cosas: algo que ya no va a recibir nuestro acuerdo, y algo que intencionalmente queremos establecer.

Tal vez digamos: “El temor ya no va a recibir nuestro acuerdo, y la oración se va a fortalecer en esta casa.” Tal vez sea: “La falta de respeto no se va a convertir en la cultura de nuestra familia, y el perdón se va a volver normal aquí.” Tal vez sea: “No le vamos a dar al mundo acceso ilimitado para discipular a

nuestros hijos, y vamos a traer intencionalmente las Escrituras a nuestro hogar.”

Luego oren juntos y hagan personal la declaración de Josué 24:15:

“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

La batalla puede continuar, pero nuestro acuerdo ya ha sido decidido.

◆ REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Está mi vida privada de acuerdo con mi adoración pública? Si nuestro cónyuge e hijos solo conocieran el cristianismo observándonos en casa, ¿qué creerían que es el cristianismo? ¿Hay acuerdo entre la persona que somos en la iglesia y la persona que nuestra familia experimenta cada día?

¿Qué cambiaría si nuestra familia realmente decidiera: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”? ¿Qué decisiones prácticas afectaría esa declaración esta semana? Consideremos nuestro horario, entretenimiento, conversaciones, relaciones, finanzas, vida de oración, y la formación espiritual de nuestros hijos.
